

Biblioteca Universitaria	
GRANADA	
Sala	B/1
Estante	57
Tabla	
Número	108

BIBLIOTECA	SEAL
Sala	B
Estante	20
Número	136

6
NUEVA PRÁCTICA

DE

TRADUCCIÓN INVERSA.

THE HISTORY OF THE
CITY OF BOSTON
FROM THE FIRST SETTLEMENT
TO THE PRESENT TIME
BY NATHANIEL BENTLEY
IN TWO VOLUMES
VOL. I.

R. 4878

11.698

NUEVA PRÁCTICA
DE
TRADUCCIÓN INVERSA
PARA EL
SEGUNDO CURSO DE FRANCÉS

POA

D. Mario Méndez Bejerano

CATEDRÁTICO POR OPOSICIÓN EN EL INSTITUTO DE
GRANADA, LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y
LETRAS Y EN DERECHO
CIVIL Y CANÓNICO, INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA
REAL ACADEMIA SEVILLANA
DE BUENAS LETRAS Y DE LA ROMANA
«UNIVERSALIVM QUIRITVM CÆTVM».



GRANADA.

IMP. DE LA VDA. É HIJOS DE P. V. SABATEL,
calle de Mesones, número 52.

1892.

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

ÍNDICE

de las materias contenidas en esta obra.

PARTE PRIMERA.

FÁBULAS.

	<u>Páginas.</u>
El pedazo de tierra.	11
El ciervo enfermo.	11
El negro.	12
El príncipe y la pulga.	12
El león, el lobo y el lechoncillo.	12
El niño y el escorpión.	13
El olivo y la caña.	13
Los leñadores y los árboles.	14
El león, el lagarto y el zorro.	14
El león y los bueyes.	15
El jardinero y la ronza.	15
El lobo y el cordero.	16
El león y el ratoncito.	17
El elefante y los ciegos.	18
El gran tambor.	19
El viajero y las aves.	21
El brahman y los bribones.	22
La tortuga y el escorpión.	23
La sal.	25

	<u>Páginas.</u>
El loro y el cuervo.	26
El león, el asno y el zorro.	27
El zorro y el gallo.	27
La vieja y la mano del caballero.	29
El pescador y su compadre.	30
El mono.	31
Baco y el fauno.	32
Los dos ratones.	33
Mercurio y el escultor.	34
Los tordos.	35
Los tres amigos.	36

PARTE SEGUNDA.

MODELOS CLÁSICOS.

Alegoría.	41
Una lección merecida.	42
Apólogo indio.	48
Retrato del Conde-Duque de Olivares.	50
Casamiento engañoso.	52

PARTE TERCERA.

MODELOS CONTEMPORÁNEOS.

El rayo de luna.	69
La ajorca de oro.	87
El miserere.	98
El monte de las Ánimas.	115
Las hojas secas.	130

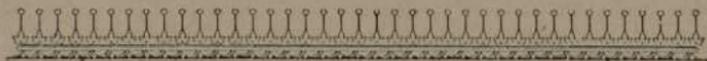
PARTE CUARTA.

EPISTOLARIO.

	<u>Páginas.</u>
I.	141
II.	142
III.	143
IV.	144
V.	147
VI.	148
VII.	149
VIII.	150
IX.	152
X.	153
XI.	154
XII.	156
XIII.	157

PARTE PRIMERA.

FÁBULAS.



FÁBULAS.



El pedazo de tierra.

¿Eres ámbar?—decía un sabio á un pedazo de tierra odorífera que había recogido del suelo.— Tu perfume me encanta.— «No soy, respondió, más que tierra grosera; pero he permanecido (1) algún tiempo en medio de un ramo de rosas.»

(1) *Séjourner.*

El ciervo enfermo.

Un ciervo cayó malo. Vinieron sus amigos á visitarlo y se comieron toda la hierba de los alrededores. Cuando se curó no halló nada para pa-
cer y murió de hambre. Muchos parientes, muchos cuidados.

El negro.

Un negro se lavaba en un arroyo. Un transeunte le dijo: «¿Para qué (1) enturbiar el agua? Por más que hagas no te volverás blanco.» Por mucho que trabajemos (2) nada puede borrar lo que nos dió (3) la naturaleza.

(1) *A quoi bon* (2) *Quelque peine qu'on se donne* (3) *Tenir de*

El príncipe y la pulga.

Picado un príncipe por una pulga, consiguió cogerla.—«No me mates, dijo ella, el mal que te he hecho es insignificante.»—«Cierto, replicó el príncipe; pero no habrías podido hacerme más.»—Este apólogo enseña que los príncipes saben castigar á los pequeños delincuentes para servir de ejemplo á los grandes.

El león, el lobo y el lechoncillo.

Un lobo que iba en busca (1) de botín cogió un lechoncito y se lo llevó á un bosque; pero, cuan-

do (2) se disponía á devorarlo, encontró á un león que se lo arrebató.—«No me admiro, dijo el lobo, de ver que me quitan (3) lo que he robado á otro.» Bienes mal adquiridos no se conservan y jamás nos hacen dichosos.

(1) *Un loup en quête* (2) *comme* (3) *de me voir prendre.*

El niño y el escorpión.

Un niño cogió un cigarrón. Vió á la vez un escorpión y, creyendo que se trataba (1) de un cigarrón grande, extendió el brazo para apoderarse de él (2). Mas, cuando vió que era un animal venenoso, retrocedió con espanto. El escorpión entonces le dijo: «Si me hubieras tocado, no te hubieran quedado más ganas de coger cigarrones.»

(1) *Avoir affaire.*—(2) *S'en saisir.*

El olivo y la caña.

Disputaba el olivo con la caña acerca de la fuerza, la hermosura y la paciencia. Reprochaba el olivo á la caña que, por ser demasiado endeble, cedía á todos los vientos. Calló ésta; mas así que esperó algún tiempo, un aire violento comenzó á

soplar. Dóblase la caña y así se libra del furor del viento, quiere el olivo resistir y el aquilón lo troncha.

Los leñadores y los árboles.

Unos leñadores tomaron sus hachas y marcharon al bosque para derribar árboles. Gritáronles éstos: «¿Qué váis á hacer?» Pero los cipreses respondieron: «Desventurados de nosotros (1), hermanos, nosotros mismos hemos proporcionado los mangos de las hachas.»—Muestra esta fábula que no se debe jamás entregar un arma á un enemigo.

(1) *Malheur à nous!*

El león, el lagarto y el zorro.

Un león, agobiado por el calor solar, entró en una cueva buscando sombra. Apenas se acostó, cuando (1) un lagarto se le sube en la espalda. Salta el león (2), ruge y se azora. El zorro, sentado en un rincón, se rió de su espanto. «No tengo miedo, dijo el león, mas lo que me exaspera es ver que se me haga tan poco caso.» Enseña este

apólogo que el prudente teme más el desdén que la muerte.

(1) *Que* (2) *Bondit sur ses pieds.*

El león y los bueyes.

Un león atacó á dos bueyes. Resistiéronse ellos y, tan bien se defendieron con sus cuernos, que no pudo dominarlos (1). Dejólos ir y díjoles que en adelante no les haría daño, aun cuando los encontrase separados el uno del otro. Creyéronlo los bueyes y separáronse. El león entonces los devoró uno después de otro. Enseña esta fábula que cuando dos pueblos se ayudan lealmente, el enemigo suele ser (2) impotente contra ellos. Cuando cesan de entenderse sucumben cada uno á su turno.

(1) *Se rendre maître* (2) *Etre sourent.*

El jardinero y la ronza.

Una ronza dijo á un jardinero: «Si alguien me plantase en un jardín yo haría las delicias de los reyes, los cuales admirarían mis frutos y mandarían que los sirviesen en sus mesas.» Dejóse con-

vencer el jardinero y plantóla en la mejor tierra de su jardín, rególa y dedicóle todos sus cuidados. ¿Qué sucedió? Creció la ronza, extendióse, cubrió los árboles y las flores y concluyó por invadir todo el jardín. Mientras más beneficios se hacen al malvado, con mayor ingratitud los paga.

El lobo y el cordero.

Hallábase solo un cordero en el aprisco, cuando un lobo entró, lo asió y se dispuso á tragárselo. Caído (1) entre las piernas del lobo, djóle llorando el cordero: « Antes de matarme hazme un favor. Me han dicho mis padres que eres el mejor tocador de bocina de toda esta comarca. Yo quisiera oírte. » Halagado en su amor propio el lobo, suelta al cordero, se sienta (2) y se pone á ahullar con todas sus fuerzas. Acuden los perros y lo atrapan. Felizmente para él, se sustrajo á sus colmillos (3); mas habiendo llegado á lo alto de una colina, tomó aliento y dijo: « Merezco lo que me ha sucedido. ¿Quién habría soñado en hacer un músico de mí que no soy más que un carnicero? » Enseña esta fábula que los más feroces ceden (4) á la adulación.

(1) *Couché* — (2) *S'accroupir* — (3) *Croc.* (4) *Se laissent prendre.*

El león y el ratoncito.

Fué el caso (1) que un león se entregaba al sueño en una gruta, cuando un ratoncillo se acercó á él. Despertó el león y hubo de cogerlo. «¡Oh, señor!, exclamó el animalillo, si me comes no te hartarás, y si me sueltas no lo sentirás.» Sonrióse el león y dijo: «¿Qué puedes hacer por mí? ¿Hay algún ser en la tierra que pueda medirse conmigo?» «¡Oh, rey!, replicó el ratón, te lo juro (2), yo te serviré (3) cuando llegue la desventura que te amenaza.» Pensó el león en su interior (4) lo que el ratón le había dicho y lo dejó marchar.

Sucedió poco después que el león cayó en un hoyo que había abierto (5) un cazador para cogerlo, y se vió atado con fuertes correas. Cuando llegó la noche entristeciése y recordó las palabras que había dicho acerca de la invencibilidad de su fuerza. De repente vió delante de él al ratoncillo que le dijo: «¿Me reconoces? Yo soy el ratón á quien diste libertad. Hoy te mostraré mi agradecimiento librándote de la miserable situación en que te hallas.» Púsose entonces á roer las correas que sujetaban al león, éste se desembarazó de

ellas, el ratón se ocultó en su melena y se fueron juntos á la montaña.

(1) *Il arriva.* (2) *J'en fais le serment.* (3) Servir á uno — *Lui rendre service.* (4) *Esprit.* (5) Abrir (un hoyo), *creuser.*

El elefante y los ciegos.

En el país de Djamboulí había un rey apellidado Adarzamoukha. Un día dijo á uno de sus servidores: «Recorre todos mis estados, reúne (1) todos los ciegos y tráelos á mi palacio.»—Púsose en camino el servidor y habiendo traído todos los ciegos que encontró, los condujo al palacio y marchó á avisar al rey. El rey entonces mandó á su primer ministro que pusiese á aquellos hombres en presencia de sus elefantes. Esto hecho, dirigióse á los ciegos y les ordenó que los tocasen. Tocó uno la pierna, otro la cola, otro la barriga, otro la trompa, otro los colmillos.

—¿Habeis visto ó no los elefantes?,—preguntó el rey.

—Los hemos visto perfectamente,—respondieron.

—¿A qué se parecen?

El que tocó las piernas dijo: El elefante es como

una columna.—Como una escoba, dijo el que había tocado la cola.—No es verdad, exclamó el que tocó la barriga, es como una masa de tierra.—Como una manga, replicó el que había tocado la trompa.—El que tocó los colmillos dijo: Es como un cuerno.

Dicho esto, todos los que habían tocado al elefante se pusieron á disputar y cada cual sostenía su opinión.

(1) *Ramasser.*

El gran tambor.

Un rey dijo: Quiero que construyan (1) un tambor cuyos sonidos se oigan hasta la distancia de cien leguas. ¿Hay quien pueda hacerlo?—No podríamos, respondieron todos los ministros. En este momento llegó un oficial que era adicto al soberano y gustaba también de socorrer al pueblo. Adelantóse y dijo:—Este humilde vasallo puede hacer el tambor; pero costará grandes sumas.—¡Admirable! (2), exclamó el rey, y enseñada abrió su tesoro y le dió cuantas riquezas contenía. El oficial hizo llevar todos aquellos objetos preciosos á la puerta del palacio y publicó un manifiesto en que decía: «Hoy nuestro rey,

cuya bondad iguala á la de los dioses, quiere derramar sus beneficios sobre su reino. Todos los desgraciados acudan á la puerta de palacio.» Pronto llegaron todos los indigentes de todos los extremos del reino, y á su paso (3) llenaban las ciudades y obstruían los caminos reales.

Al cabo de un año preguntó el rey si el gran tambor estaba concluído ó no.—Lo está, respondió el oficial.—¿Y por qué, dijo el rey, no he oído sus sones?—Señor, deseo que V. M. se digne salir del palacio y visitar el interior de su reino. V. M. oirá el gran tambor cuyos sones resuenan (4) por el mundo entero.—Mandó el rey disponer su carro, recorrió su reino y vió al pueblo que acudía en compactas filas y lo acogía por doquiera con aclamaciones de entusiasmo.—¿Cuál es la causa (5), exclamó, de esta prodigiosa popularidad?—Señor, le respondió el oficial, el año pasado me ordenó construir V. M. un tambor que se oyese (6) hasta la distancia de cien leguas. Pensé que un pedazo de madera y una piel muerta no podrían propagar bastante lejos el elogio de vuestros beneficios. Los tesoros que de V. M. he recibido, los he distribuído en (7) forma de víveres y de vestiduras á los brahmanes, á fin de socorrer á los más pobres y desgraciados que hallase en vuestros reinos. Hoy os dan las gracias vuestros súbditos

y sus aclamaciones resuenan por todas partes. Los sonidos del gran tambor no hubieran ido tan lejos.

(1) *Faire fabriquer.* (2) *A merveille!* (3) *Sur leur passage.* (4) *retentir.* (5) *D'où vient.....* (6) *qui pût se faire entendre* (7) *sous.*

El viajero y las aves.

En el camino de Audskain hay una higuera donde venían á posarse (1) una corneja y un ibis. Un día de verano, durante los fuertes calores, un viajero cansado se sentó á descansar á la sombra de aquel árbol. Colocó (2) á su lado el arco y las flechas y al cabo de un rato se durmió. Cuando los rayos del sol comenzaron á caer sobre su rostro, el ibis que lo observaba extendió las alas y por lástima lo cubrió con ellas. Mas la corneja, mal intencionada, quiso perturbarlo en su sueño, dejó caer sobre él su excremento (3) y salió volando. Despertó el hombre, no vió más que al ibis y lo mató de un flechazo.

(1) *Percher.* (2) *Déposer.* (3) *fiente.*

El brahman y los bribones.

En un monte vivía un brahman que un día compró una cabra en un lugar cercano y la llevaba á su casa sobre los hombros. Tres bribones, viéndolo marchar de esta suerte, convinieron (1) en que sería un buen golpe robarle (2) la cabra. Apostáronse, pues, en su camino, guardando alguna distancia (3) el uno del otro para esperarlo. Detúvolo el primero y le dijo: «Brahman: ¿Por qué llevas al hombro ese perro?»—«No es un perro, respondió el brahman, es una cabra.» Poco después el segundo le repitió la misma pregunta. El brahman puso por un momento en tierra su cabra, reflexionó, después recogió (4) el animal y volvió vacilando á tomar su camino. Pronto el tercer bribón le dijo: «¿Por qué llevas un perro, un animal inmundo, áuestas?»—Debe ser un perro (5), pensó el brahman, puesto que todo el mundo lo dice. Rechazó lejos de sí la cabra, purificóse y abandonó el botín á los ladrones.

(1) *Se dirent* (2) *qu'il y avait un beau coup à faire en lui volant* (3) *se tenir à distance* (4) *ramasser.* (5) *Il faut bien que ce soit.*

La tortuga y el escorpión.

I.

Una tortuga y un escorpión habían trabado (1) tan estrecha amistad, que eran inseparables y continuamente se daban testimonios de recíproco afecto. Una imperiosa (2) necesidad los obligó á abandonar el lugar de su residencia. Partieron en compañía y en el camino hallaron un río ancho y profundo que era necesario pasar, lo cual inmutó al escorpión.—Caro amigo, díjole la tortuga, parece que la vista de este río os inquieta. ¿Por qué os apena esto? (3)—Es, respondió el escorpión, que no sé nadar.—No os entristezca eso, replicó la tortuga, mi espalda os servirá de barca y yo os pasaré á la otra orilla, no sólo sin trabajo, sino también con gusto.—Tomó, pues, á cuestras (4) al escorpión y se puso á atravesar á nado el río.

II.

Conforme (5) iba avanzando la tortuga, hirió sus oídos (6) un extraño (7) ruido causado por el escorpión.—Hermano, le preguntó, ¿qué ruido es ese que estoy oyendo? ¿Qué estais haciendo (8) ahí?—Hermana, replicó el escorpión, estoy ensa-

yando la punta de mi aguijón sobre la concha de que estais acorazada y trato de ver (9) si puedo perforarla.—Sois un malvado, respondió la tortuga, os presto mi espalda para que os sirva de puente, trabajo para vuestra conservación hendiendo las ondas y vos procurais (10) darme la muerte. Yo sé bien que no me hareis daño; pero, ¿qué agradecimiento os he de tener? ¿No haceis todo lo que está en vuestra mano para causármelo?—Nunca me ha venido en mientes (11), replicó el escorpión, semejante designio. ¡Dios me libre! (12). Es mi naturaleza golpear con el aguijón y doy con él (13) en las piedras y en todas partes (14) como ahora doy en vuestra espalda; pero mi intención no es hacer daño, y si lo hago es contra mi voluntad.

III.

Este discurso sumió á (15) la tortuga en graves reflexiones. «Tener consideración, dijo para su capote, con los malvados, es cultivar una espina y alimentar una serpiente en su seno. Por mucho cuidado que se ponga (16) en el cultivo de la co- loquintida, jamás tendrá la dulzura de la caña de azúcar. No se engañaron los sabios cuando dijeron que los malvados por naturaleza jamás hacen nada bueno y que un servidor inclinado al mal (17)

no sale del mundo sino habiendo pagado (18) con ingratitud á su señor. En fin, es como echarse uno mismo tierra en los ojos esperar que ánimos tan perversos hagan nunca nada bueno.»—A la vez, se sumergió en el agua y se ahogó el escorpión. La tortuga creyó entonces haber hecho una buena acción quitándole el medio de hacer mal de allí en adelante á nadie.

(1) *Lier* (2) *Pressante* (3) *D'où vient que cela vous donne du chagrin* (4) *Sur son dos* (5) *Comme* (6) *Ses oreilles furent frappées* (7) *Importun* (8) *A quoi vous occupez vous* (9) *Je voudrais voir* (10) *Chercher à* (11) *Venir á las mientes. Venir dans l'esprit* (12) *Préserver* (13) *En frapper* (14) *Toute autre chose* (15) *Fil faire* (16) *Apporter* (17) *A mal faire* (18) *Après avoir payé.*

La sal.

Un día que Nuskuran el Justo estaba de caza, un cocinero, al (1) preparar la comida, se halló sin sal. (2) El shah ordenó á su esclavo buscarla en el pueblo inmediato, encargando que se pagase bien.—No hay (3), añadió, que causar la menor molestia á nadie.—Pero, le dijeron, unos granos de sal es tan poca cosa...»—Cierto, respondió; pero el primer opresor comenzó también por poca cosa, el que vino después hizo un poco más, y poco á

poco (4) la opresión llegó á ser lo que es. Cuando el príncipe coge una manzana del jardín de un vasallo suyo, luego sus cortesanos arrancan el árbol con las raíces: cuando el shah toma por fuerza la mitad de un huevo, pronto sus soldados retuercen el cuello á millares de gallinas y las ponen en el asador.

(1) *Sur le point de* (2) *Manquer* (3) *Falloir* (4) *Petit à petit*.

El loro y el cuervo.

Encerraron á un loro con un cuervo, ambos en la misma jaula. Indignado el loro de esta compañía, exclamó: «¡Qué fealdad! ¡Qué aire tan ordinario! ¡Qué voz tan chillona! ¡Qué horroroso plumaje! Quisiera que este ave estuviese tan lejos de mí como la salida de la puesta del sol.»—Mientras tanto el cuervo, contrayendo coléricamente sus garras (1) decía: «¡Debo haber nacido (2) con (3) mala estrella! ¡Qué diferencia entre mi pasado y mi presente! En otros tiempos estaba yo posado sobre una tapia con otros de mi especie... y ahora heme aquí condenado á sociedad con (4) un ser presuntuoso, estúpido y charlatán. ¿Qué daño he

hecho yo para merecer tamaña desventura!—
No se está bien sino con sus semejantes.

(1) *Rentrer les serres* (2) *Faut-il que je sois né* (3) *Sous*
(4) *Partager la société de.*

El león, el asno y el zorro.

Cazaban juntamente el león, el zorro y el asno. Cuando hubieron cogido mucha caza, el león dijo al asno que hiciese las partes. Obedeció el jumento y, haciendo tantas partes como cazadores había, invitó á los otros dos á que tomaran cada uno la suya. Furioso el león inmoló al asno inmediatamente y encargó acto seguido al zorro que procediese al reparto. Más astuto que el otro, dióle al tirano casi todo y no se reservó sino muy poca cosa. ¡Excelente animal! prorrumpió el león.— ¿Quién te ha enseñado á hacer los repartos de modo tan equitativo?—Éste, respondió el zorro señalando al asno muerto.

El zorro y el gallo.

Cantaba un gallo en su corral (1). Hallábase cerca un zorro que lo espiaba; pero no le era fá-

cil acercarse sin espantarlo y, no obstante, lo consiguió (2) valiéndose de una astucia:—«Señor, le dije, no puedo resistir al deseo de expresaros cuanto me habéis agradado. Rato ha que os contemplo y me parecéis el animal más perfecto de cuantos he conocido (3). Mas lo que sobre todo en vos me place, es la voz. En mi vida oí otra semejante, exceptuando la de vuestro padre. Bien es verdad (4) que él cantaba con los ojos cerrados.»—«Capaz soy de hacerlo como mi padre,»—respondió el gallo, y al punto, cerrando los ojos, agita las alas para cantar; pero también al punto, fué atrapado y arrebatado por el zorro.

II.

Felizmente para él, unos pastores que estaban á poca distancia divisaron al ladrón que se llevaba su presa y lanzaron sus perros en pos de él. El gallo entonces dijo al raptor: Grítales que soy uno de tus amigos y te dejarán. El zorro lo cree y abre la boca para hablar; pero suelta al gallo, el cual vuela á un árbol y se burla de él.—«Maldito sea, exclamó el zorro, el que habla cuando debiera callarse.»—«Maldito, añadió el gallo, el que cierra los ojos cuando debiera velar.»

(1) *Sur son fumier* (2) *En venir à bout* (3) *Que j'ai jamais connus* (4) *Il est vrai pourtant.*

La vieja y la mano del caballero.

Tenía una vieja dos vacas, con lo cual se mantenía (1). Entraron éstas un día en los pastos del señor y cayeron en poder de su preboste. La pobre vieja corrió al punto al castillo á suplicar á este funcionario que se las devolviese. Dióle (2) éste á entender que necesitaba dinero y ella, como no lo tenía, se volvió muy desconsolada. Tropezó por el camino con una vecina á quien consultó acerca de su percance.—Hay que untarle la mano (3), dijo la vecina. La vieja, tomando el consejo al pie de la letra (4), se metió en el bolsillo un pedazo de tocino y tornó al castillo. Paseábase el señor por delante de la puerta con las manos á la espalda. Adelántase ella suavemente de puntillas (5) y le unta las manos con el tocino. Vuélvese el señor y le pregunta qué es lo que hace:— «¡Ah, monseñor, prorrumpe la pobre cayendo de rodillas, vuestro preboste se ha apoderado de mis dos vacas en vuestro prado y me han dicho que, si quería recuperarlas, tenía que untarle la mano. Á eso venía; mas como os ví en la puerta y sois su señor, se me ocurrió que vos merecíais mejor que os las untasen.» Rióse mucho el caballero de

la sencillez de la anciana, mandó devolverle las vacas y hasta le dió, para alimentarlas, el prado en que le habían sido arrebatadas.

(1) *Qui la faisaient subsister.* (2) *Faire entendre* (3) *Graisser la patte.* (4) *A la lettre* (5) *Sur la pointe du pied.*

El pescador y su compadre.

Echando un pescador sus redes al mar vió que uno cayó al agua. Vuela en su auxilio, trata de engancharlo por los vestidos con la pértiga y consigue sacarlo, mas por desgracia, le destrozó un ojo con el gancho. El sumergido era compadre suyo y lo reconoció. Lo lleva á su casa, lo hace cuidar, y lo tiene allí hasta que se cura. Apenas salió el compadre, presentó querrela contra el pescador por haberlo herido.

Expuso cada cual sus razones y los jueces, en el momento de sentenciar (1) se hallaban perplejos, cuando un loco que allí estaba, levanta la voz y dice: «Señores, la cosa es fácil de resolver. Quéjase este hombre de que se le ha sacado un ojo. Pues bien, mandadlo echar al agua en el mismo lugar en que se cayó. Si sale, justo es que el pescador lo indemnice (2); pero si no sale, debe dejársele allí y premiar al otro por el servicio que

ha prestado.» Hallóse esta solución muy equitativa; pero el compadre del pescador, temiendo que la ejecutasen, se retiró de golpe y desistió de la demanda.

Es tiempo perdido hacer bien (3) á un ingrato.

(1) *Prononcer* (2) *Accorder de dedommagements*. (3) *Obliger*.

El mono.

Habiendo muerto un viejo mono, descendió su alma á la sombría morada de Plutón, y pidió volver de nuevo entre los vivos. Quería Plutón mandarla (1) al cuerpo de un pesado y estúpido jumento para quitarle su flexibilidad, su vivacidad y su malicia; pero tantas gracias agradables y picarescas le hizo, que el inflexible rey de los infiernos no tuvo más remedio (2) que reirse y la dejó elegir condición. Pidió ella entrar en el cuerpo de un papagayo. «Al menos, decía, conservaré de ese modo (3) alguna semejanza con los hombres á quienes tanto tiempo he estado imitando.» Apenas el alma del mono fué introducida en este nuevo oficio, cuando una vieja charlatana lo compró y lo puso en una hermosa jaula. El papagayo unía á su nueva habilidad de aturdir á todo el mundo, un yo no sé qué de su antigua profe-

sión: movía ridículamente la cabeza, castañeaba con el pico y agitaba las alas de cien distintas maneras. La vieja se ponía á cada momento las gafas para admirarlo y sentía mucho ser un poco sorda y perder á veces las palabras de su papagayo, que le parecía tener más talento que nadie. Este papagayo mimado se hizo charlatán é importuno y tanto fué su tormento de verse en la jaula y tanto vino bebió con la vieja, que murió. Hélo de nuevo ante Plutón quien quiso esta vez enviarlo al cuerpo de un hombre; pero como el dios tuviese vergüenza de enviarlo al cuerpo de un hombre sensato y virtuoso, lo destinó al cuerpo de un orador fastidioso é importuno. Es todo cuanto se puede hacer de un mono gracioso y de un buen papagayo.

(1) *Rentoyer.* (2) *Ne put s'empêcher.* (3) *Par là.* (4) *A qui elle trouvait plus d'esprit.*

Baco y el fauno.

Baco, siendo joven, se entregaba (1) un día á las musas en una floresta cuyo silencio turbaban sólo el murmurio de las fuentes y el canto de las aves, y cuyas sombras no podían traspasar los rayos del sol. El joven dios, para estudiar la len-

gua divina, la Poesía, sentóse al pie de una antigua encina, cerca de la cual se ocultaba un joven fauno que prestaba oído (2) á los versos que el niño cantaba y notaba con una sonrisa burlona todas las faltas que cometía Baco. Las náyades al punto y las otras ninfas del bosque se reían también. No pudiendo sufrir al burlón, siempre dispuesto á mofarse de sus frases, si no eran puras y elegantes, díjole Baco con tono altivo é impaciente: «¿Cómo te atreves á burlarte del hijo de Júpiter?» El fauno respondió sin alterarse: «¿Y cómo el hijo de Júpiter se atreve á cometer una falta?»

(1) *Chercher les muses.* (2) *L'oreille.*

Los dos ratones.

Cansado de verse entre alarmas y peligros, á causa de los gatos que hacían grande estrago en el pueblo ratonil (1), llamó un ratón á su compadre que vivía en un agujero de la vecindad. «Una buena idea, le dijo, se me ha ocurrido (2). He leído en ciertos libros que andaba royendo estos días, que hay un hermoso país, llamado La India, cuyos sabios creen que el alma de un ratón ha sido antes (3) el alma de un gran capitán, de un rey,

de un faquir y que podrá, muerto el ratón, entrar en el cuerpo de una dama ó de un doctor. Pensando así (4), tratan con caridad á todos los animales. Véanse allí hospitales de ratones pensionistas (5) á quienes mantienen como á personas de mérito. Vámonos, hermano, á tan bello país.» Héte, pues, á nuestros dos ratones que se embarcan juntos y después de una feliz navegación arriban á una ciudad de la India.

Apenas entraron en una de las casas destinadas á los ratones cuando quisieron ocupar los primeros puestos. Uno decía (6) acordarse de haber sido antes un famoso brahmin, otro protestaba que había sido una hermosísima princesa. Tan insolentes se pusieron que los ratones indios no pudieron sufrirlos y, en vez de ser devorados por los gatos, fueron inmolados por sus propios hermanos. Por lejos que huyamos del peligro, no siendo modestos y sensatos, encontraremos donde quiera nuestra desgracia.

(1) *Nation souriquoise.* (2) *Il m'est venu une pensée.*
(3) *Autrefois.* (4) *Dans cette opinion.* (5) *Qu'on met en pension.* (6) *Prétendre.*

Mercurio y el escultor.

Queriendo Mercurio saber qué caso hacían de él en la tierra, tomó figura de mortal y entró en

la tienda de un escultor. Reparó desde luego en una estatua de Júpiter y preguntó su precio. Cuando le dijeron que una dracma, se burló para su capote (1) de su padre. «¿Y esta Juno, preguntó, cuánto?»—«Esa vale algo más.» En fin, viendo la suya y creyendo que valía mucho, preguntó su precio. «Si me compráis las otras dos, respondió el escultor, os daré ésta de gratificación (2).» Cuanto más nos estimamos, menos valemos.

(1) *Tout bas.* (2) *Par dessus le marché.*

Los tordos.

Una numerosa banda de tordos había abandonado los montes de Etruria para ir á vendimiar en los fértiles viñedos de la Galia Cisalpina. Muy pocos volvieron á casa; pero éstos, repletos de comida, estaban muy gruesos (1). Cuando los que habían permanecido los vieron tan metidos en carnes (2) tuvieron celos y se pusieron á lamentar su miseria y á deplorar no haber tomado parte en tan ricos festines. «Ignorantes, les dijo uno de los que habían vuelto de la expedición, ¿no véis los pocos que quedamos de tantos millares como partimos para la francachela? (3) Muertos ó prisioneros, vendidos en el mercado, los demás han

perecido miserablemente. ¡Ah, si supiéseis nuestros males, nuestros peligros, nuestros sobresaltos, todo lo que hemos sufrido los que sobrevivimos, no desearíais ir en busca de la hartura (4) á tierra extraña.» La corte hace la dicha de algunos y la desgracia del mayor número.

(1) *Grosses et grasses.* (2) *En tel enbonpoint.* (3) *Pour aller faire bombance.* (4) *Bonne chère.*

Los tres amigos.

Tenía un hombre tres amigos, dos que le eran muy queridos y uno que le era indiferente, aunque éste le profesase (1) una sincera amistad. Un día fué enjuiciado (2). Aunque inocente, se le acusaba de un gran crimen. «¿Quién de vosotros, dijo, quiere venir conmigo y testificar en favor mío? El primero de los amigos se excusó al punto de acompañarlo, porque lo reclamaban (3) otras ocupaciones; el segundo lo acompañó hasta la puerta y se volvió temiendo la cólera del juez; el tercero, con el cual contaba menos, entró y habló en su favor con tal convicción que el juez lo absolvió (4). Tiene el hombre tres amigos en este mundo; mas ¿cómo se portan cuando Dios lo llama á (5) su tribunal? El *dinero*, su amigo querido, lo

abandona, sus *parientes* y *amigos* lo acompañan hasta el sepulcro y se vuelven á sus casas, el tercero, de quien menos se ha preocupado en la vida, son sus *buenas obras*. Solamente éstas lo acompañan hasta el solio del juez, hablan en su favor y consiguen (6) misericordia y gracia.

(1) *Porter*. (2) *Appelé en justice*. (3) *Retenu par*. (4) *Renvoyer*. (5) *Devant*. (6) *Trouver*.



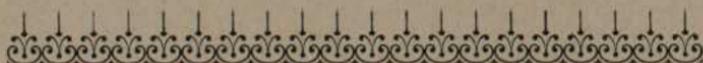
PARTE SEGUNDA.

~~~~~  
MODELOS CLÁSICOS.

## MODELOS CLÁSICOS

Modelos Clásicos

El presente libro es una selección de los modelos más importantes de la literatura clásica, que han servido de base para el desarrollo de la psicología moderna. Los modelos aquí presentados son: el modelo de Freud, el modelo de Piaget, el modelo de Skinner, el modelo de Bandura, el modelo de Maslow, el modelo de Rogers, el modelo de Kohlberg, el modelo de Erikson, el modelo de Vygotsky, el modelo de Bruner, el modelo de Piaget, el modelo de Skinner, el modelo de Bandura, el modelo de Maslow, el modelo de Rogers, el modelo de Kohlberg, el modelo de Erikson, el modelo de Vygotsky, el modelo de Bruner, el modelo de Piaget, el modelo de Skinner, el modelo de Bandura, el modelo de Maslow, el modelo de Rogers, el modelo de Kohlberg, el modelo de Erikson, el modelo de Vygotsky, el modelo de Bruner.



## MODELOS CLÁSICOS.



### **Alegoría.**

Caminaban juntos y á pie dos estudiantes desde Peñafiel á Salamanca. Sintiéndose cansados y sedientos, se sentaron junto á una fuente que estaba en el camino. Después que descansaron y mitigaron su sed, observaron por casualidad una como lápida sepulcral, que á flor de la tierra se descubría cerca de ellos, y sobre la lápida unas letras medio borradas por el tiempo y por las pisadas del ganado que venía á beber á la fuente. Picóles la curiosidad, y lavando la piedra con agua, pudieron leer estas palabras castellanas: *Aquí está enterrada el alma del licenciado Pedro García.*

El más mozo de los estudiantes, que era vivaracho y un sí es no es atolondrado, apenas leyó (1) la inscripción cuando exclamó riéndose á carca-

jada tendida (2): ¡Gracioso disparate! ¡Aquí está enterrada el alma! Pues qué, ¿un alma puede enterrarse? ¡Quien me diera á conocer al ignorantísimo autor de tan ridículo epitafio! Y diciendo esto se levantó para irse. Su compañero, que era algo más juicioso y reflexivo, dijo para sí: *Aquí hay misterio, y no me he de apartar de este sitio hasta averiguarlo.* Dejó partir al otro, y sin perder tiempo sacó un cuchillo y comenzó á socavar la tierra alrededor de la lápida hasta que logró levantarla (3). Encontró debajo de ella un bolsillo; abriólo, y halló en él cien ducados con estas palabras en latín: *Declárote por heredero mío, á tí, cualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripción, pero te encargo que uses de este dinero mejor que yo usé de él.* Alegre el estudiante con este descubrimiento, volvió á poner la lápida como antes estaba, y prosiguió su camino á Salamanca, llevándose el alma del licenciado. (Isla.)

(1) *N'avoir pas achevé* (2) *Rire de toute sa force* (3) *Il fit si bien qu'il l'enleva.*

### **Una lección merecida.**

Luego que llegué al mesón pedí de cenar. Era día de viernes (1), y me contenté con huevos. Mien-

tras los disponían trabé conversación con la mesonera, que hasta entonces no se había dejado ver. Parecióme bastantemente linda, de modales (2) muy desembarazados y vivos. Cuando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla, me senté á la mesa solo. No bien había comido el primer bocado, he aquí que entra el mesonero en compañía de aquel hombre con quien se había parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podía tener treinta años, traía al lado un largo chafarote (3). Acercándose á mí con cierto aire alegre y apresurado: Señor licenciado, me dijo, acabo de saber que V. es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo y la antorcha de la filosofía. ¿Es posible que sea V. aquel joven sapientísimo, aquel ingenio sublime (4) cuya reputación es tan grande en todo este país? Vosotros no sabéis (volviéndose al mesonero y á la mesonera) qué hombre tenéis en casa. Tenéis en ella un tesoro. En este mozo estáis viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose después hacia mí, y echándome los brazos al cuello, excuse V., me dijo, mis arrebatos; no soy dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenía tan estrechamente abrazado, que apenas me

dejaba libre la respiración; pero luego que desembaracé un poco la cabeza, le dije: nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñafior. ¿Qué llama conocido?, me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos registro (5) de todos los grandes personajes que nacen á veinte leguas en contorno. V. está reputado por un prodigio, y no dudo que algún día dará á España tanta gloria el haberle producido, como á la Grecia el ser madre de sus siete sabios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo, que hube de aguantar aún á peligro (6) de que me sucediese la desgracia de Antheo. Por poca experiencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dejaría ser el dominguillo (7) de sus demostraciones, ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y excesivas alabanzas me harían conocer desde luego que era uno de aquellos truhanes pegotes y petardistas (8) que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy leal; y así le convidé á cenar conmigo. Con mucho gusto, me respondió prontamente; y estoy muy agradecido á mi buena estrella por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no

quiero malograr la fortuna de estar en su compañía, (9) y disfrutar sus favores lo más que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa sólo por hacer compañía á V., comiendo algunos bocados meramente por complacerle, y por mostrar cuanto aprecio sus finezas.

Sentóse enfrente de mí el señor panegirista. Trajéronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia y con tanta precipitación, como si hubiera estado tres días sin comer. Por el gusto con que la comía conocí que presto daría cuenta de ella. (10) Mandé se hiciese otra, lo que se ejecutó al instante: pusiéronla en la mesa cuando acabábamos, ó por mejor decir cuando mi huésped acababa de engullirse la primera. Sin embargo, comía siempre con igual presteza, y sin perder bocado (11) añadía sin cesar alabanza sobre alabanzas, las cuales me sonaban bien, y me hacían estar muy contento de mi personilla. Bebía frecuentemente, brindando unas veces á mi salud y otras á la de mi padre y de mi madre, no hartándose de celebrar (12) su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome á que le correspondiese. (13) Con efecto, no correspondía yo mal á sus repetidos brándis; (14) con lo cual y con sus adulaciones me sentí de

tan buen humor, que viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenía algún pescado. El señor Corzuelo, que según todas las apariencias se entendía con el petardista, respondió: tengo una excelente trucha, pero costará cara á los que la coman, y es bocado demasíadamente agrio (15) para V. ¿Qué llama V. demasíadamente agrio?, replicó mi adulator. Traiga V. la trucha y descuide de lo demás. Ningún bocado, por costoso que sea, es agrio (16) para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un príncipe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado (17) con tanto aire las últimas palabras del mesonero, en lo cual no hizo más que anticipárseme. Díme por ofendido, y dije con enfado al mesonero: venga la trucha, y otra vez piense más en lo que dice. El mesonero que no deseaba otra cosa, (18) hizo cocer luego la trucha y presentóla en la mesa. A vista del nuevo plato brillaron de alegría los ojos del parásito, que dió mayores pruebas del deseo que tenía de complacerme, es decir, que se abalanzó (19) al pez del mismo modo que se había arrojado á las tortillas. No obstante se vió precisado á rendirse, temiendo algún incidente, porque se había hartado hasta el gollete. (20) En fin, después de haber comido y bebido

hasta más no poder, (21) quiso poner fin á la comedia. ¡Oh señor Gil Blas!, me dijo alzándose de la mesa, ¡estoy tan contento de lo bien que V. me ha tratado, (22) que no le puedo dejar sin darle un importante consejo, del que me parece tiene no poca necesidad! Desconfíe por lo común de todo hombre á quien no conozca; y esté siempre muy sobre sí para no dejarse engañar de las alabanzas. Podrá V. encontrarse con otros que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen más adelante. No sea V. su hazmereir, y no crea sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis bigotes (23) y volviómé las espaldas. (Isla.)

(1) *jour maigre* (2) *ses allures* (3) *une longue rapière* (4) *ce jeune savantissime, ce bel esprit* (5) *Tenir registre* (6) *qu'il me fallut encore essuyer au hasard de* (7) *la dupe* (8) *parasite* (9) *Tenir compagnie* (10) *qu'elle serait bientôt expédiée* (11) *un coup de dent* (12) *Dont il ne pouvait assez vanter* (13) *lui faire raison* (14) *Brindar, porter un toast* (15) *friand* (16) *Vous n'avez rien de trop bon pour* (17) *Relevé* (18) *qui ne demandait pas mieux* (19) *Donner sur* (20) *car il en avait jusqu'à la gorge* (21) *tout son soûl* (22) *de la bonne chère que vous m'avez faite* (23) *Rire au nez à quelqu'un.*

## **Apólogo indio.**

En cierto tiempo (1) reinaba en Persia un buen monarca, que no teniendo suficiente capacidad para gobernar por sí mismo sus estados, dejaba este cuidado á su gran visir. Este ministro llamado Atalmuc tenía un gran talento. Sostenía sin fatiga el peso de aquella vasta monarquía, manteniéndola en una paz profunda, y poseía también el arte de hacer amable y respetable la autoridad real, en términos que los vasallos hallaban un padre afectuoso en un visir fiel á su monarca. Atalmuc tenía entre sus secretarios un joven cachemiriano llamado Zangir, á quien estimaba más que á los otros, y con cuya conversación se complacía, (2) llevándolo consigo á la caza, y descubriéndole hasta sus más íntimos secretos. Un día que andaban cazando ambos por un bosque, viendo el visir dos cuervos que graznaban sobre un árbol, dijo á su secretario: me alegrara saber lo que estas aves se dicen en su lengua. Señor, le respondió el cachemiriano, vuestros deseos se pueden satisfacer. ¿Y cómo?, dijo Atalmuc. Habéis de saber, señor, respondió Zangir, que un dervich cabalista me enseñó el idioma de las aves.

Si lo deseais, yo escucharé á estos cuervos, y os repetiré palabra por palabra lo que les haya oído.

Consintió en ello el visir, y acercándose el cachemiriano á los cuervos y haciendo como que los escuchaba (3) atentamente: volvió después á su amo, y le dijo: señor, ¿podrís creerlo?, nosotros somos el asunto de su conversación (4). Eso no es posible, exclamó el ministro persiano. ¿Pues qué dicen de nosotros? Uno de ellos, replicó el secretario, ha dicho, vé aquí al mismo gran visir, á esa águila tutelar que cubre con sus alas la Persia como su nido, y que se desvela sin cesar por su conservación. Para descansar de sus penosas tareas viene á cazar á este bosque con su fiel Zangir. ¡Qué dichoso es este secretario en servir á un amo que le hace mil favores! Poco á poco (5), interrumpió el otro cuervo, poco á poco; no ponderes tanto la felicidad de ese cachemiriano. Es cierto que Atalmuc conversa con él familiarmente, que le honra con su confianza, y tampoco pongo duda en que tendrá intención de darle algún día un empleo importante; pero entretanto Zangir se morirá de hambre. Este pobre infeliz está viviendo en un miserable cuarto de una posada, en donde carece de lo más necesario, en una palabra, pasa una vida miserable, sin que ninguno de la corte lo eche de ver. El gran visir

no cuida de saber si tiene ó no con qué vivir, y contentándose con tenerle (6) afecto, le deja entregado á la miseria.

Aquí (7) cesé de hablar para ver cómo se explicaba el duque de Lerma, quien me preguntó sonriéndose, qué impresión había hecho este apólogo en el ánimo de Atalmuc, y si aquel gran visir se había ofendido del atrevimiento de su secretario. No señor, le respondí algo turbado de su pregunta: la fábula dice, al contrario, que le colmó de beneficios. Fué fortuna, (8) replicó el duque con seriedad, porque hay ministros que no llevarían á bien se les diesen semejantes lecciones. (9) (Isla.)

(1) *Autrefois* (2) *il prenait plaisir à son entretien* (3) *parut leur prêter une oreille attentive* (4) *faire le sujet* (5) *Doucement* (6) Dejar entregado, *laisser en proie à* (7) *Dans cet endroit* (8) *Cela est heureux* (9) *Faire des leçons.*

## **Retrato del Conde-duque de Olivares.**

Era un hombre de estatura menos que mediana, y podía pasar por gordo en un país donde los más son flacos; tan cargado de espaldas que parecía corcobado, aunque no lo era en realidad: su cabeza, que era de gran tamaño, caía sobre el pecho:

tenía el cabello negro y lacio, la cara larga, el color aceitunado, (1) la boca hundida, (2) y la barBILLA puntiaguda y muy levantada.

Este conjunto (3) no formaba una persona muy bien parecida; (4) con todo eso, como yo me lo figuraba inclinado á mi favor, le miraba con indulgencia y me parecía bien: verdad es que recibía á todos con un aire tan afable y bondadoso, (5) y tomaba tan cortesmente los memoriales que se le presentaban, que esto suplía (6) la falta de buena figura.

. . . . .

El ministro tiene talento perspicaz, profundo y á propósito para formar grandes proyectos, se precia (7) de hombre universal porque tiene una somera idea de todas las ciencias, y se cree capaz de decidir en todo. Se imagina ser un jurisconsulto consumado, un gran capitán y un político de los más sagaces. Añada V. á eso que es tan encaprichado en su parecer, que quiere que prevalezca sobre el de los demás; y esto sólo porque no se juzgue que se gobierna por dictamen de otro: defecto que, hablando entre los dos, puede producir funestas consecuencias (8) en gravísimo perjuicio de la monarquía. Brilla en el consejo por cierta elocuencia natural, y escribiría tan elegantemente como habla, si no afectara, para dar

dignidad á su estilo, el hacerle obscuro y muy estudiado: (9) tiene pensamientos extravagantes, es caprichoso y fantástico. Este es el retrato de su entendimiento: vea usted ahora el de su corazón. Es generoso y buen amigo: se le acusa de vengativo, pero, ¡cuán pocos son los que dejan de serlo viéndose con igual poder, y en tanta elevación! También lo motejan de ingrato porque hizo desterrar al duque de Uceda y á fray Luis de Aliaga, á quienes debía grandes favores; mas eso puede perdonársele, porque el deseo de ser primer ministro dispensa de ser agradecido. (Isla.)

(1) *Olivâtre* (2) *Enfoncé* (3) *Tout cela ensemble* (4) *Un beau seigneur* (5) *Débonnaire* (6) *Tenir lieu* (7) *Preciarse de Se donner pour* (8) *D'étranges suites* (9) *Recherché.*

### **Casamiento engañoso.**

Un día que acabamos de comer en aquella posada de la Solana, donde vivíamos, entraron dos mujeres de gentil parecer con dos criadas: la una se puso á hablar con el capitán en pie, arrimados á una ventana; y la otra se sentó en una silla junto á mí, derribado el manto hasta la barba, sin dejar ver el rostro más de aquello que concedía la rari-

dad del manto; y aunque le supliqué por cortesía me hiciese merced de descubrirse, no fué posible acabarlo con ella, (1) cosa que me encendió más el deseo de verle; y para acrecentarle más, ó ya fuese de industria, ó acaso, sacó la señora una blanca mano, con muy buenas sortijas: estaba yo entonces bizarrísimo, con aquella gran cadena que vuesa merced debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo, el vestido de colores á fuer de soldado, y tan gallardo á los ojos de mi locura, que me daba á entender que las podía matar en el aire: con todo esto le rogué que se descubriese. A lo que ella me respondió: No seáis importuno, casa tengo, haced á un paje que me siga, que aunque soy más honrada de lo que promete esta respuesta, todavía á truco de ver si responde vuestra discreción á vuestra gallardía, holgaré de que me veáis más despacio.

Beséle las manos por la grande merced que me hacía, en pago de la cual le prometí montes de oro. (2) Acabó el capitán su plática. Ellas se fueron: siguiólas un criado mío. Díjome el capitán que lo que la dama le quería era que le llevase unas cartas á Flandes á otro capitán, que decía ser su primo; aunque él sabía que no era sino su galán. Yo quedé abrasado con las manos de nieve que había visto, y muerto por el rostro que de-

seaba ver, y así otro día, guiándome mi criado, dióseme libre entrada.

Hallé una casa muy bien aderezada, y una mujer de hasta de treinta años, á quien conocí por las manos: no era hermosa en extremo, pero éralo de suerte, que podía enamorar comunicada, porque tenía un tono de habla tan suave, que se entraba por los oídos en el alma. Pasé con ella luegos y amorosos coloquios; blasoné, hendí, rajé, ofrecí, prometí é hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bienquisto con ella; pero como ella estaba hecha á oír semejantes ó mayores ofrecimientos y razones, parecía que les daba atento oído, antes que crédito alguno. Finalmente, nuestra plática se pasó en flores cuatro días que continué en visitalla. En el tiempo que la visité, siempre hallé la casa desembarazada, sin que viese visiones en ella de parientes fingidos, ni de amigos verdaderos: servíala una moza más taimada que simple: finalmente, tratando mis amores como soldado, que está víspera de mudar, apuré á mi señora doña Estefanía de Caicedo (que este es el nombre de la que así me tiene), y respondióme: Señor alférez Campuzano, simplicidad sería, si yo quisiese venderme á vuesa merced por santa; (3) peca-dora he sido, y aun ahora lo soy; pero no de ma-

nera que los vecinos me murmuren, ni los apartados me noten: ni de mis padres ni otro pariente heredé hacienda alguna, y con todo esto vale el menaje de mi casa, bien validos, dos mil y quinientos ducados; y estos en cosas, que puestas en almoneda, lo que se tardare en ponellas, se tardará en convertirse en dineros: con esta hacienda busco marido á quien entregarme, y á quien tener obediencia; á quien juntamente con la enmienda de mi vida, le entregaré una increíble solicitud de regalarle y servirle; porque no tiene príncipe cocinero más goloso, ni que mejor sepa dar el punto á los guisados, que lo sé dar yo, cuando mostrando ser casera, me quiero poner á ello: sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala: en efecto sé mandar, y sé hacer que me obedezcan: no desperdicio nada, y allego mucho: mi real no vale menos, sí mucho más, cuando se gasta por mi orden: la ropa blanca que tengo, que es mucha y muy buena, no se sacó de tiendas ni lenceros; estos pulgares y los de mis criadas la hilaron, y si pudiera tejerse en casa, se tejiera: digo estas alabanzas mías, porque no acarrear vituperio, cuando es forzosa la necesidad de decirlas: finalmente, quiero decir, que yo busco marido que me ampare, me mande y me honre, y no galán que me sirva y me vitupere; si

vuesa merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente (4) y corriente, sujeta á todo aquello que vuesa merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lengua de casamenteros, y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes.

Yo, que tenía entonces el juicio no en la cabeza, sino en los carcañales, haciéndoseme tan á la vista la cantidad de hacienda, que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos á que daba lugar el gusto de que tenía echados grillos al entendimiento, (5) le dije que yo era el venturoso y bienafortunado en haberme dado el cielo por milagro tal compañera para hacerla señora de mi voluntad y de mi hacienda, que no era tan poca, que no valiese con aquella cadena que traía al cuello, y con otras joyuelas que tenía en casa, y con deshacerme de algunas galas de soldado, más de dos mil ducados, que juntos con los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos á vivir á una aldea de donde yo era natural, y adonde tenía algunas raíces, (6) hacienda tal, que sobrellevada con el dinero, vendiendo los frutos á su tiempo, nos podía dar una vida alegre y descansada: en resolución, aquella vez se concertó nuestro desposorio, y se dió traza como los dos hiciésemos

información de solteros, y en los tres días de fiesta, que vinieron luego juntos en una pascua, se hicieron las amonestaciones, y al cuarto día nos desposamos, hallándose presentes al desposorio dos amigos míos, y un mancebo que ella dijo ser primo suyo, á quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo habían sido todas las que hasta entonces á mi nueva esposa había dado, con intención tan torcida y traidora que la quiero callar, porque aunque estoy diciendo verdades, no son verdades de confesión, que no pueden dejar de decirse: mudó mi criado el baul de la posada á casa de mi mujer: encerré en él delante della mi magnífica cadena: mostréle otras tres ó cuatro si no tan grandes de mejor hechura, con otros tres ó cuatro cintillos de diversas suertes: hícele patentes mis galas y mis plumas, y entreguéle para el gasto de casa hasta cuatrocientos reales que tenía.

Seis días gocé del pan de la boda, espaciándome en casa como el yerno ruín en la del suegro rico: pisé ricas alfombras, ajé sábanas de Holanda, alumbréme con candeleros de plata, almorzaba en la cama, levantábame á las once, comía á las doce, y á las dos sesteaba en el estrado; bailábanme doña Estefanía y la moza el agua delante; (7) mi mozo que hasta allí le había conocido pere-

zoso y lerdo, se había vuelto un corzo; el rato que doña Estefanía faltaba de mi lado, la habían de hallar en la cocina toda solícita en ordenar guisados que me despertasen el gusto y me avivasen el apetito; mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores, según olían, bañados en el agua de ángeles y de azahar, que sobre ellos se derramaba.

Pasáronse estos días volando, como se pasan los años que están debajo de la jurisdicción del tiempo; en los cuales días por verme tan regalado y tan bien servido, iba mudando en buena la mala intención con que aquel negocio había comenzado; al cabo de los cuales, una mañana (que aun estaba en la cama) llamaron con grandes golpes á la puerta de la calle. Asomóse la moza á la ventana y quitándose al momento, dijo: ¡Oh, que sea ella la bienvenida! ¿Han visto y cómo ha venido más presto de lo que escribió el otro día?—¿Quién es la que ha venido, moza?, le pregunté. ¿Quién?, respondió ella, es mi señora doña Clementa Bueso, viene con ella el señor don Lope Meléndez de Almendárez, con otros dos criados, y Hortigosa, la dueña que llevó consigo.—Corre, moza, bien haya yo, y ábreles, dijo á este punto doña Estefanía, y vos, señor, por mi amor que no os alborotéis ni respondáis por mí á ninguna cosa

que contra mí oyéredes.—Pero, ¿quién ha de decir cosa que ofenda, y más estando yo delante? Decidme qué gente es ésta, que me parece que os ha alborotado su venida.—No tengo lugar de responderos, dijo doña Estefanía; sólo sabed que todo lo que aquí pasare es fingido, y que tira á cierto designio y efecto que después sabréis. Y aunque quisiera replicarle á esto, no me dió lugar la señora doña Clementa Bueso, que se entró en la sala, vestida de raso verde prensado, con muchos pasamanos de oro, capotillo de lo mismo y con la misma guarnición, sombrero con plumas verdes, blancas y encarnadas, y con rico cintillo de oro, y con un delgado velo cubierto la mitad del rostro.

Entró con ella el señor don Lope Meléndez de Almendárez, no menos bizarro, que ricamente vestido de camino. La dueña Hortigosa fué la primera que habló, diciendo: ¡Jesús! ¿Qué es esto? ¡Ocupado el lecho de mi señora doña Clementa, y más con ocupación (8) de hombre! milagros veo en esta casa (9): á fe que se ha ido bien del pie á la mano (10) la señora doña Estefanía, fiada en la amistad de mi señora.—Yo te lo prometo, Hortigosa, replicó doña Clementa; pero yo, yo me tengo la culpa: ¡que jamás escarmiento yo en tomar amigas, que no lo saben ser si no es cuando les

viene á cuento! Á todo lo cual respondió doña Estefanía: no reciba vuesa merced pesadumbre, mi señora doña Clementa Bueso, y entienda que no sin misterio ve lo que en esta su casa, que cuando lo sepa, yo sé que quedará disculpada, y vuesa merced sin ninguna queja.

En esto ya me había puesto yo en calzas y en jubón, y tomándome doña Estefanía por la mano, me llevó á otro aposento, y allí me dijo, que aquella su amiga quería hacer una burla á aquel don Lope que venía con ella, con quien pretendía casarse, y que la burla era darle á entender que aquella casa y cuanto estaba en ella era todo suyo, de lo cual pensaba hacerle carta de dote; y que hecho el casamiento se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el don Lope le tenía; y luego se me volverá lo que es mío, y no se le tendrá á mal á ella ni á otra mujer alguna, de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de cualquier embuste. Yo le respondí que era grande extremo de amistad el que quería hacer, y que primero se mirase bien en ello, porque después podría ser tener necesidad de valerse de la justicia (11) para cobrar su hacienda. Pero ella me respondió con tantas razones, representando tantas obligaciones que la obligaban á servir á doña Clementa,

aun en cosas de más importancia, que mal de mi grado y con remordimiento de mi juicio hube de condescender con el gusto de doña Estefanía; asegurándome ella que solos ocho días podía durar el embuste, los cuales estaríamos en casa de otra amiga suya. Acabámonos de vestir ella y yo, y luego entrándose á despedir de la señora doña Clementa Bueso y del señor don Lope Meléndez de Almendárez, hizo á mi criado que se cargase el baúl, y que la siguiese, á quien yo también seguí, sin despedirme de nadie.

Paró doña Estefanía en casa de una amiga suya, y antes que entrásemos dentro, estuvo un buen espacio hablando con ella, al cabo del cual salió una moza, y dijo que entrásemos yo y mi criado. Llevónos á un aposento estrecho, en el cual había dos camas tan juntas que parecían una, á causa que no había espacio que las dividiese, y las sábanas de entrambas se besaban (12). En efecto, allí estuvimos seis días, y en todos ellos no se pasó hora que no tuviésemos pendencia, diciéndole la necesidad que había hecho en haber dejado su casa y su hacienda, aunque fuera á su misma madre. En esto iba yo y venía por momentos, tanto, que la huéspeda de casa un día que doña Estefanía dijo que iba á ver en qué término estaba su negocio, quiso saber de mí qué era la cau-

sa que me movía á reñir tanto con ella, y qué cosa había hecho que tanto se la afeaba, diciéndole que había sido necedad notoria, más que amistad perfecta.

Contéle todo el cuento, y cuando llegué á decir que me había casado con doña Estefanía, y la dote que trujo y la simplicidad que había hecho en dejar su casa y hacienda á doña Clementa, aunque fuese con tan sana intención, como era alcanzar tan principal marido como don Lope, se comenzó á santiguar y hacerse cruces con tanta prisa, y con tanto ¡Jesús, Jesús, de la mala hembra! que me puso en gran turbación, y al fin me dijo: Señor alférez, no sé si voy contra mi conciencia en descubriros lo que me parece que también la cargaría, si lo callase; pero á Dios y á ventura (13), sea lo que fuere, viva la verdad, y muera la mentira. La verdad es, que doña Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa y de la hacienda de que os hicieron la dote: la mentira es todo cuanto os ha dicho doña Estefanía, que ni ella tiene casa, ni hacienda, ni otro vestido del que trae puesto; y el haber tenido lugar y espacio para hacer este embuste, fué que doña Clementa fué á visitar unos parientes suyos á la ciudad de Palencia, y de allí fué á tener novenas en Nuestra Señora de Guadalupe, y en este entre

tanto dejó en su casa á doña Estefanía que mirase por ella, porque en efecto son grandes amigas; aunque bien mirado, no hay que culpar á la pobre señora, pues ha sabido granjear á una tal persona como la del señor alférez por marido.

Aquí dió fin á su plática, y yo dí principio á desesperarme, y sin duda lo hiciera, si tantico se descuidara el ángel de mi guarda en socorrerme, acudiendo á decirme en el corazón que mirase que era cristiano, y que el mayor pecado de los hombres era el de la desesperación, por ser pecado de demonios. Esta consideración, ó buena inspiración, me confortó algo; pero no tanto que dejase de tomar mi capa y espada: y salir á buscar á doña Estefanía, con presupuesto de hacer en ella un ejemplar castigo; pero la suerte, que no sabré decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba, ordenó que en ninguna parte donde pensé hallar á doña Estefanía, la hallase: fuíme á San Lorente, encomendéme á Nuestra Señora, sentéme sobre un escaño, y con la pesadumbre me tomó un sueño tan pesado, que no despertara tan presto, sino me despertaran: fuí lleno de pensamientos y congojas á casa de doña Clementa, y halléla con tanto reposo como señora de su casa; no le osé decir nada, porque estaba el señor don Lope delante: volví en casa de mi huéspeda, que me dijo haber

contado á doña Estefanía, cómo yo sabía toda su maraña y embuste, y que ella le preguntó qué semblante había yo mostrado con tal nueva, y que le había respondido que muy malo, y que á su parecer había salido yo con mala intención y con peor determinación á buscarla: díjome finalmente, que doña Estefanía se había llevado cuanto en el baúl tenía, sin dejarme en él sino un solo vestido de camino. Aquí fué ello, aquí me tuvo de nuevo Dios de su mano: fuí á ver mi baúl, y hallélo abierto, y como sepultura que esperaba cuerpo difunto, y á buena razón había de ser el mío, si yo tuviera entendimiento para saber sentir y ponderar tamaña desgracia.

Bien grande fué, dijo á esta sazón el licenciado Peralta, haberse llevado doña Estefanía tanta cadena y tanto cintillo; que, como suele decirse, todos los duelos, etc. Ninguna pena me dió esa falta, respondió el alférez, pues también podré decir: Pensóse don Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y por el Dio, contrahecho soy de un lado (14). No sé á qué propósito puede vuesa merced decir eso, respondió Peralta. El propósito es, respondió el alférez, de que toda aquella balumba y aparato de cadenas, cintillos y brincos, podía valer hasta diez ó doce escudos. Eso no es posible, replicó el licenciado, porque la que

el señor alférez traía al cuello, mostraba pesar más de doscientos ducados.—Así fuera, respondió el alférez, si la verdad respondiera al parecer; pero como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas, brincos, con sólo ser de alquimia se contentaron; pero estaban tan bien hechas, que sólo el toque ó el fuego podía descubrir su malicia.—Desa manera, dijo el licenciado, entre vuesa verced y la señora doña Estefanía, pata es la traviesa (15).—Y tan pata, respondió el alférez, que podemos volver á barajar; pero el daño está, señor licenciado, en que ella se podrá deshacer de mis cadenas, y yo no de la falsía de su término; y en efecto, mal que me pese, es prenda mía.—Dad gracias á Dios, señor Campuzano, dijo Peralta, que fué prenda con pies, y que se os ha ido, y que no estáis obligado á buscarla.—Así es, respondió el alférez; pero con todo esto, sin que la busque la hallo siempre en la imaginación, y adonde quiera que estoy tengo mi afrenta presente.—No sé qué responderos, dijo Peralta, sino es traeros á la memoria dos versos de Petrarca, que dicen:

*Che chi prende diletto di far frode,  
Non s'ha di lamentar s'altro l'inganna.*

Que responden en nuestro castellano: Que el que tiene costumbre y gusto de engañar á otro, no se debe quejar cuando es engañado. Yo no me

quejo, respondió el alférez, sino lastímome: que el culpado, no por conocer su culpa, deja de sentir la pena del castigo (16): bien veo que quise engañar y fuí engañado, porque me hirieron por mis propios filos (17); pero no puedo tener tan á raya el sentimiento, que no me queje de mí mismo. (Cervantes.)

(1) *Je ne pus obtenir cette faveur* (2) *Faire de magnifiques promesses* (3) *Si je vous disais que je suis une vestale* (4) *Vous ne me verrez pas rebelle à vos vœux* (5) *la chimère qui m'enchantait* (6) *fonds* (7) *Epuiser tous les moyens de plaire.* (8) *par un homme* (9) *Je ne puis en croire mes yeux* (10) *Avoir étrangement abusé* (11) *Avoir un procès* (12) *se touchaient* (13) *Quoi qu'il en soit* (14) Esta frase no tiene exacta traducción francesa. Un literato francés la traduce así: «*Vous m'avez trompé en me cachant que votre fille était bossue; je vous ai trompé de même en vous cachant que j' avais un côté plus gros que l'autre.*» (15) *Vous avez voulu tous les deux vous tromper* (16) *Le coupable a beau reconnaître sa faute, il se soulève toujours contre la punition qui en est la suite* (17) *Je me suis pris dans mes propres filets.*

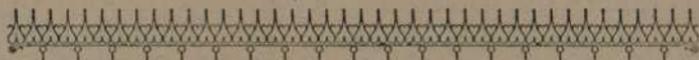


## PARTE TERCERA.

---

### **Modelos contemporáneos.**





## MODELOS CONTEMPORÁNEOS.



### **El rayo de luna.**

Yo no sé si esto es una historia que parece (1) cuento ó un cuento que parece historia; lo que puedo decir es que en su fondo hay una verdad, una verdad muy triste, de la que acaso yo seré uno de los últimos en aprovecharme, dadas mis condiciones (2) de imaginación.

Otro con esta idea tal vez hubiera hecho un tomo de filosofía lacrimosa (3); yo he escrito esta leyenda, que á los que nada vean en su fondo, al menos podrá entretenerlos un rato.

#### I.

Era noble, había nacido entre el estruendo de las armas y el insólito clamor de una trompa de guerra no le hubiera hecho levantar la cabeza ni

un instante ni apartar sus ojos un punto del obscuro pergamino en que leía la última cántiga de un trovador.

Los que quisieran encontrarle no le debían buscar en el anchuroso patio de su castillo donde los palafreneros domaban los potros, los pajes enseñaban á volar á los halcones, y los soldados se entretenían los días de reposo en afilar el hierro de su lanza contra una piedra.

—¿Dónde está Manrique, dónde está vuestro señor? preguntaba algunas veces su madre.—No sabemos, respondían sus servidores; acaso estará en el claustro del Monasterio de la Peña sentado al borde de una tumba, prestando oído á ver si (4) sorprende alguna palabra de la conversación de los muertos; ó en el puente viendo correr unas tras otras las olas del río por debajo de sus arcos, ó acurrucado en la quiebra de una roca entretenido en contar las estrellas del cielo, en seguir una nube con la vista ó contemplar los fuegos fátuos que cruzan como exhalaciones sobre el haz de las lagunas. En cualquier parte estará menos donde esté todo el mundo.

En efecto, Manrique amaba la soledad y la amaba de tal modo (5) que algunas veces hubiera deseado no tener sombra, porque su sombra no le siguiese á todas partes. Amaba la soledad porque

en su seno, dando rienda suelta (6) á su imaginación, forjaba un mundo fantástico habitado por extrañas creaciones hijas de sus delirios y sus ensueños de poeta, porque Manrique era poeta, tanto, que nunca le habían satisfecho las formas en que pudiera encerrar sus pensamientos y nunca los había encerrado al escribirlos. Creía que entre las rojas ascuas del hogar habitaban espíritus de fuego de mil colores que corrían como insectos de oro á lo largo de los troncos encendidos ó danzaban en una luminosa ronda de chispas en la cúspide de las llamas, y se pasaba las horas muertas (7) sentado en un escabel junto á la alta chimenea gótica, inmóvil y con los ojos fijos en la lumbre.

Creía que en el fondo de las ondas del río, entre los musgos de la fuente y sobre los vapores del lago vivían unas mujeres misteriosas, hadas, sílfides ú ondinas que exhalaban lamentos y suspiros ó cantaban y se refan en el monótono rumor del agua, rumor que oía en silencio intentando (8) traducirlo.

En las nubes, en el aire, en el fondo de los bosques, en las grietas de las peñas imaginaba percibir formas ó escuchar sonidos misteriosos, formas de seres sobrenaturales, palabras ininteligibles que no podía comprender.

¡Amar! Había nacido para soñar el amor, no para sentirlo. Amaba á todas las mujeres un instante: á ésta porque era rubia, á aquélla porque tenía los labios rojos, á la otra porque se cimbreaba al andar como un junco.

Algunas veces llegaba su delirio hasta el punto de quedarse una noche entera mirando á la luna que flotaba en el cielo entre un vapor de plata ó á las estrellas que, como los cambiantes de las piedras preciosas, temblaban á lo lejos.

En aquellas largas noches de poético insomnio, exclamaba:

—Si es verdad como el Prior de la Peña me ha dicho que esos puntos de luz sean mundos; si es verdad que en ese globo de nácar que rueda sobre las nubes habitan gentes, ¡qué mujeres tan hermosas serán las mujeres de esas regiones luminosas! ¡y yo no podré verlas, y yo no podré amarlas...! ¿Cómo será su hermosura? (9) ¿Cómo será su amor?...

Manrique no estaba aun lo bastante loco para que le siguieran los muchachos, pero sí lo suficiente para hablar y gesticular á solas, que es por donde se empieza.

II.

Sobre el Duero, que pasaba lamiendo (10) las carcomidas y oscuras piedras de las murallas de Soria, hay un puente que conduce de la ciudad al antiguo convento de los Templarios, cuyas posesiones se extendían á lo largo de la opuesta margen del río.

En la época á que nos referimos, los caballeros de la Orden habían abandonado ya sus históricas fortalezas, pero aun quedaban en pie los restos de los anchos torreones de sus muros, aún se veían, como en parte se ven hoy, cubiertos de hiedra y campanillas blancas los macizos arcos de su claustro, las prolongadas galerías ojivales de sus patios de armas, en las que suspiraba el viento con un gemido agitando las altas hierbas.

En los huertos y en los jardines cuyos senderos no hollaban (11) hacía muchos años las plantas de los religiosos, la vegetación abandonada á sí misma desplegabá todas sus galas sin temor de que la mano del hombre la mutilase, creyendo embellecerla. Las plantas trepadoras subían encaramándose por los añosos troncos de los árboles, las sombrías calles de álamos cuyas copas se tocaban y confundían entre sí, se habían cubierto

de céspedes, los cardos silvestres y las ortigas en medio de los enarenados caminos brotaban y en los trozos de fábrica próximos á desplomarse, el jaramago flotando al viento como el penacho de una cimera y las campanillas blancas y azules balanceándose como en un columpio (12) sobre sus largos y flexibles tallos pregonaban la victoria de la destrucción y la ruina.

Era de noche, una noche de verano templada, llena de perfumes y de rumores apacibles, y con una luna blanca y serena en medio de un cielo azul, luminoso y transparente. Manrique, presa su imaginación de un vértigo (13) de poesía, después de atravesar el puente, desde donde contempló un momento la negra silueta de la ciudad que se destacaba sobre el fondo de algunas nubes blanquecinas y ligeras arrolladas (14) en el horizonte, se internó en las desiertas ruinas de los Templarios.

La media noche tocaba á su punto. La luna que se había ido remontando lentamente, estaba ya en lo más alto del cielo, cuando al entrar en una obscura alameda, que conducía desde el derruido claustro (15) á la margen del Duero, Manrique exhaló (16) un grito leve, ahogado, mezcla extraña de sorpresa, de temor y de júbilo. En el fondo de la sombría alameda había visto agitarse una

cosa blanca, que flotó un momento y desapareció en la obscuridad. La orla del traje de una mujer, de una mujer que había cruzado el sendero y se ocultaba entre el follaje, en el mismo instante en que el loco soñador de quimeras ó imposibles penetraba en los jardines.

¡Una mujer desconocida!.... ¡En este sitio!.... ¡Á estas horas!.... Esa, esa es la mujer que yo busco, exclamó Manrique; y se lanzó en su seguimiento (17) rápido como una saeta.

### III.

Llegó al punto en que había visto perderse entre la espesura de las ramas á la mujer misteriosa. Había desaparecido. ¿Por dónde? Allá lejos, muy lejos creyó divisar por entre los cruzados troncos de los árboles como una claridad ó una forma blanca que se movía. ¡Es ella, es ella, que lleva alas en los pies y huye como una sombra! dijo y se precipitó en su busca, separando con las manos las redes de hiedra que se extendían como un tapiz de unos en otros álamos. Llegó rompiendo por entre (18) la maleza y las plantas parásitas, hasta una especie de rellano que iluminaba la claridad del cielo... ¡nadie!

—¡Ah! por aquí, por aquí va!— exclamó enton-

ces.—Oigo sus pisadas sobre las hojas secas y el crugido (19) de su traje que arrastra por el suelo y roza con los arbustos.

Y corría y corría como un loco, de aquí para allá y no la veía.

—Pero siguen sonando sus pisadas—murmuró otra vez,—creo que ha hablado, no hay duda; ha hablado... el viento que suspira entre las ramas, las hojas que parece (20) que rezan en voz baja me han impedido oír lo que ha dicho; pero no hay duda, va por ahí, ha hablado, ha hablado. ¿En qué idioma? No sé, pero es una lengua extranjera.....

Y tornó á (21) correr en su seguimiento, unas veces creyendo verla, otras pensando oirla, ya notando que las ramas por donde había desaparecido se movían; ya imaginando ver en la arena la huella de sus breves pies; luego firmemente persuadido de que un perfume especial que aspiraba á intervalos era un aroma perteneciente á aquella mujer, que se burlaba de él, complaciéndose en huírle por entre aquellas intrincadas malezas. ¡Afán inútil! Vagó algunas horas de un lado á otro fuera de sí, ya parándose para escuchar, ya desliziéndose con precaución sobre la hierba, ya en una carrera frenética y desesperada.

Avanzando, avanzando por entre (22) los inmensos jardines que bordaban la margen del río, llegó

por fin al pie de las rocas sobre que se asienta (23) la ermita de San Saturio.

—Tal vez desde esta altura podré orientarme para seguir mis pesquisas al través de ese confuso laberinto, exclamó trepando de peña en peña con la ayuda de su daga.

Manrique, una vez en lo alto de las rocas, tendió la vista á su alrededor, pero al tenderla y fijarla al cabo en un punto, no pudo contener una blasfemia. La luz de la luna rielaba chispeando en la estela que dejaba en pos de sí una barca que se dirigía á todo remo á la orilla opuesta.

En aquella barca había creído distinguir una forma blanca y esbelta, una mujer sin duda, la mujer que había visto en los Templarios, la mujer de sus sueños, la realización de sus más locas esperanzas. Se descolgó de las peñas con la agilidad del gamo, arrojó al suelo la gorra, cuya redonda y larga pluma podía embarazarle para correr, y, desnudándose (24) del ancho capotillo de terciopelo, partió como una exhalación hacia el puente.

Pensaba atravesarlo y llegar á la ciudad antes que la barca tocase á la otra orilla. ¡Locura! Cuando Manrique llegó jadeante y lleno de sudor á la entrada, ya los que habían atravesado el Duero por la parte de San Saturio, entraban en Soria por una de las puertas del muro que en



aquel tiempo llegaba hasta la margen del río, en cuyas aguas se retrataban sus pardas almenas.

#### IV.

Aunque desvanecida (25) su esperanza de alcanzar á los que habían entrado por el postigo de San Saturio, no por eso nuestro héroe perdió la de saber la casa que en la ciudad podía albergarlos. Fija en su mente esta idea, penetró en la población y dirigiéndose hacia el barrio de San Juan, comenzó á vagar por las calles á la ventura. Las calles de Soria eran entonces, y lo son todavía, estrechas, oscuras y tortuosas. Un silencio profundo reinaba en ellas, silencio que sólo interrumpían ora el ladrido de un perro, ora el rumor de una puerta al cerrarse, ora el relincho de un corcel que piafando hacía sonar la cadena que lo sujetaba al pesebre en las subterráneas caballerizas.

Manrique con el oído atento á estos rumores de la noche, que unas veces le parecían los pasos de alguna persona que había doblado ya (26) la última esquina de un callejón desierto, otras voces confusas de gentes que hablaban á sus espaldas y que á cada momento esperaba ver á su lado, anduvo algunas horas corriendo al azar de

un sitio á otro. Por último, se detuvo al pie de un caserón de piedra obscuro y antiquísimo, y al detenerse, brillaron sus ojos con una indescriptible expresión de alegría. En una de las altas ventanas ojivales de aquel que pudiéramos llamar palacio, se veía un rayo de luz templada y suave que pasando al través de unas ligeras colgaduras de seda color de rosa, se reflejaba en el negruzco y agrietado (27) paredón de la casa de enfrente.

No cabe duda, aquí vive mi desconocida, murmuró el joven en voz baja y sin apartar un punto sus ojos de la gótica ventana, aquí vive. Ella entró por el postigo de San Saturio; por el postigo de San Saturio se viene á este barrio..... en este barrio... hay una casa donde pasada la media noche aún hay gente en vela... ¿En vela? ¿Quién sino ella puede estarlo á estas horas de volver de sus nocturnas excursiones?

En esta firme persuasión y revolviendo en su cabeza las más locas ilusiones, esperó hasta el alba frente á la ventana, de donde no faltó la luz en toda la noche.

Cuando llegó el día, las macizas puertas del arco que daba entrada al caserón y sobre cuya clave se veían esculpidos los blasones de su dueño, giraron pesadamente sobre los goznes, con un chirrido (28) prolongado y agudo. Un escudero

apareció en el dintel con un manajo de llaves en la mano, restregándose los ojos y enseñando al bostezar una caja de dientes capaces de dar envidia (29) á un cocodrilo.

Verlo Manrique y lanzarse á la puerta, fué obra (30) de un instante.—¿Quién habita esta casa? ¿Cómo se llama ella? ¿De dónde es? ¿A qué ha venido á Soria? ¿Tiene esposo? Responde, responde, animal.

Esta (31) fué la salutación que, sacudiéndole el brazo violentamente, dirigió al pobre escudero, el cual después de mirarle un buen espacio de tiempo con ojos espantados y estúpidos, le contestó con voz entrecortada por la sorpresa:

—En esta casa vive el muy honrado (32) señor don Alonso de Valdecuellos, montero mayor (33) del rey nuestro señor, que herido en la guerra contra moros se encuentra en esta ciudad reponiéndose de sus fatigas.

—Pero y su hija, esposa, hermana ó lo que sea, interrumpió impaciente el joven.

—No tiene ninguna mujer consigo.

—¡No tiene ninguna! ¿Pues quién duerme allí en aquel aposento donde toda la noche he visto una luz?

—¿Allí? Allí quien duerme es mi señor que, como está enfermo, tiene encendida toda la noche la lámpara.

Un rayo cayendo á sus pies no le hubiera causado mayor efecto que (34) estas palabras.

V.

Yo la he de encontrær, la he de encontrar, y si la encuentro estoy casi seguro de conocerla... ¿En qué? Eso es lo que no podré decir, pero he de conocerla. El eco de sus pisadas ó una sola palabra suya que vuelva á oír, un extremo de su traje, un solo extremo que vuelva á ver, me bastarán para conseguirlo. Noche y día estoy mirando flotar delante de mis ojos aquellos pliegues de una tela diáfana y blanquísima; noche y día me están sonando aquí dentro, dentro de la cabeza, el crugido de su traje, el confuso rumor de sus ininteligibles palabras. ¿Qué dijo?... ¡Ah! Si yo supiera lo que dijo..... acaso..... pero aun sin saberlo la encontraré..... la encontraré; me lo da el corazón y mi corazón no me engaña nunca. Verdad es que ya he recorrido inútilmente todas las calles de Soria; que he pasado noches y noches al sereno, hecho poste de una esquina; que he gastado más de veinte doblas de oro en hacer charlar á dueñas y escuderos; que he dado agua bendita en San Nicolás á una vieja, arrebuja (35) con tal arte en su manto de anascote, que se me figuró una deidad; y al salir de la colegiata una noche de mai-

tines, he seguido como un tonto la litera del Arcediano, creyendo que el extremo de sus hopalandas era el del traje de mi desconocida; pero no importa... yo la he de encontrar, y la gloria de poseerla excederá (36) seguramente al trabajo de buscarla.

¿Cómo serán sus ojos? Deben ser azules, azules y húmedos como el cielo de la noche, ¡me gustan tanto los ojos de ese color!, son tan expresivos, (37) tan melancólicos, tan..... Si..... no hay duda; azules deben ser, azules son, seguramente; y sus cabellos negros, muy negros y largos, para que floten... me parece que los ví flotar aquella noche, al par que su traje, y eran negros... no me engaño, no; eran negros.

¡Y qué bien sientan (38) unos ojos azules, muy rasgados y adormecidos (39) y una cabellera suelta, flotante y obscura á una mujer alta.... porque ella es alta y esbelta como esos ángeles de las portadas de nuestras basílicas cuyos ovalados rostros envuelven en un misterioso crepúsculo las sombras de sus doseles de granito!

¡Su voz! La he oído, es suave como el rumor del viento en las hojas de los álamos y su andar acompasado y majestuoso como las cadencias de una música.

Y esa mujer que es hermosa como el más her-

moso de mis sueños de adolescente, que piensa como yo pienso, que gusta como yo gusto, que odia lo que yo odio, que es un espíritu hermano de mi espíritu, que es el complemento de mi sér. ¿No se ha de sentir conmovida al encontrarme? ¿No me ha de amar como yo la amaré, como la amo ya con todas las fuerzas de mi vida, con todas las facultades de mi alma?

Vamos, vamos al sitio donde la ví la primera y única vez que la he visto. ¡Quién sabe si caprichosa como yo, amiga de la soledad y el misterio, como todas las almas soñadoras, se complace en vagar por entre las ruinas en el silencio de la noche!

Dos meses habían transcurrido (40) desde que el escudero de don Alonso desengañó al iluso Manrique; dos meses durante los cuales cada hora había formado un castillo en el aire que la realidad desvanecía con un soplo. Dos meses durante los cuales, había buscado en vano á aquella mujer desconocida, cuyo absurdo amor iba creciendo en su alma merced á sus aun más absurdas imaginaciones, cuando después de atravesar absorto en estas ideas el puente que conduce á los Templarios, el enamorado joven se perdió entre las intrincadas (41) sendas de sus jardines.

VI.

La noche estaba serena y hermosa, la luna brillaba en toda su plenitud en lo más alto del cielo, y el viento suspiraba con rumor dulcísimo entre las hojas de los árboles.

Manrique llegó al claustro, tendió la vista por su recinto y miró al través de las macizas columnas de sus arcadas... estaba desierto.

Salió de él, encaminó sus pasos hacia la obscura alameda que conduce al Duero, y aun no había penetrado en ella, cuando de sus labios se escapó un grito de júbilo.

Había visto flotar un instante y desaparecer el extremo del traje blanco de la mujer de sus sueños, de la que ya amaba como un loco.

Corre, corre en su busca, llega al sitio en que la ha visto desaparecer, pero al llegar se detiene, fija los espantados ojos en el suelo, permanece un rato inmóvil, un ligero temblor nervioso agita sus miembros, un temblor que va creciendo, creciendo y ofrece (42) los síntomas de una verdadera convulsión y prorrumpe al fin en una carcajada, en una carcajada sonora, estridente, horrible.

Aquella cosa blanca, ligera, flotante, había

vuelto á aparecer, á brillar ante sus ojos, pero había brillado á sus pies un instante, no más que un instante.

Era un rayo de luna, un rayo de luna que penetraba á intervalos por entre la verde bóveda de los árboles cuando el viento movía sus ramas.

Habían pasado algunos años. Manrique sentado en un sitial junto á la alta chimenea gótica de su castillo, inmóvil casi y con una mirada vaga, inquieta como la de un idiota, apenas prestaba atención ni á las caricias de su madre ni á los consuelos de sus servidores.

—Tú eres joven, hermoso, le decía aquélla, ¿por qué te consumes en la soledad? ¿Por qué no buscas á una mujer á quien ames y que amándote pueda hacerte feliz.

—¡El amor!, el amor es un rayo de luna, murmuraba el joven.

—¿Por qué no despertáis de ese letargo, le decía uno de sus escuderos, os vestís de hierro de pies á cabeza, mandáis desplegar al aire vuestro pendón de rico hombre y marchamos á la guerra? En la guerra se encuentra la gloria.

—La gloria, la gloria es un rayo de luna.

—¿Queréis que os diga una cántiga, la última que ha compuesto mosen Arnaldo, el trovador provençal?

—¡No! ¡No!, exclamó el joven incorporándose colérico en su sitial. No quiero nada, es decir, si quiero, quiero que me dejéis solo... Cántigas, mujeres, glorias, felicidad, mentira todo, fantasmas vanos que formamos en nuestra imaginación y vestimos á nuestro antojo y los amamos y corre-mos tras ellos ¿para qué?, ¿para qué? para encontrar un rayo de luna.

Manrique estaba loco, por lo menos, todo el mundo lo creía así. A mí por el contrario se me figura que lo que había hecho (43) era recuperar el juicio. (Gustavo A. Becquer.)

(1) *Avoir l'air* (2) *nature* (3) *larmoyante* (4) *pour* (5) *à un tel point* (6) *donner carrière* (7) *heures entières* (8) *Essayer de* (9) *A quoi doit ressembler* (10) *qui léchait* (11) *n'étaient plus foulés par* (12) *balançoire* (13) *saisi d'un vertige* (14) *amoncelés* (15) *qui s'étendait du cloître en ruine* (16) *pousser* (17) *à sa suite* (18) *s'ouvrant un passage entre* (19) *frôlement* (20) *que dirait-on, prient à voix basse* (21) *Il se remit à* (22) *En allant, allant toujours le long* (23) *s'élève* (24) *se dépouiller* (25) *Bien qu'ayant perdu* (26) *quelqu'un venant de tourner* (27) *noirâtre et crevasé* (28) *cri* (29) *faire envie* (30) *l'affaire* (31) *Telle* (32) *honorable* (33) *grand veneur* (34) *que ne lui en causèrent* (35) *qui s'enveloppait* (36) *Dépasser* (37) *Ils ont tant d'expression* (38) *Que c'est beau* (39) *sendus et langoureux* (40) *s'étaient écoulés* (41) *sentiers enchevêtrés* (42) *présente* (43) *qu'il n'avait fait que.*

## **La ajorca de oro.**

### I.

Ella era hermosa, hermosa con esa hermosura que inspira el vértigo; hermosa con esa hermosura que no se parece en nada á la que soñamos en los ángeles, (1) y que, sin embargo, es sobrenatural; hermosura diabólica, que tal vez presta el demonio á algunos seres para hacerlos sus instrumentos en la tierra.

Él la amaba; la amaba con ese amor que no conoce freno ni límites; la amaba con ese amor en que se busca un goce y sólo se encuentran martirios; amor que se asemeja á la felicidad, y que, no obstante, parece infundir el cielo para la expiación de una culpa.

Ella era caprichosa, caprichosa y extravagante como todas las mujeres del mundo. Él, supersticioso, supersticioso y valiente como todos los hombres de su época.

Ella se llamaba María Antúnez.

Él Pedro Alfonso de Orellana.

Los dos eran toledanos, y los dos vivían en la misma ciudad que los vió nacer.

La tradición que refiere esta maravillosa historia, acaecida hace muchos años, no dice nada más acerca de los personajes que fueron sus héroes. Yo, en mi calidad de cronista verídico, no añadiré ni una sola palabra de mi cosecha para caracterizarlos mejor.

## II.

Él la encontró un día llorando y le preguntó:—  
¿Por qué lloras?

Ella se enjugó los ojos, lo miró fijamente, arrojó un suspiro y volvió á llorar (2).

Pedro entonces, acercándose á María, le tomó una mano, apoyó el codo en el pretil árabe, desde donde la hermosa miraba pasar la corriente del río y tornó á decirle:—¿Por qué lloras?

El Tajo se retorció (3) gimiendo al pie del mirador entre las rocas sobre que se asienta la ciudad imperial.

El sol trasponía (4) los montes vecinos; la niebla de la tarde flotaba como un velo de gasa azul, (5) y sólo el monótono ruido del agua interrumpía el alto (6) silencio. María exclamó:

—No me preguntes porqué lloro, no me lo preguntes; pues ni yo sabré contestarte, ni tú comprenderme. Hay deseos que se ahogan en nuestra

alma de mujer, sin que los revele más que un suspiro; ideas locas que cruzan por nuestra imaginación, sin que ose formularlas el labio; fenómenos incomprensibles de nuestra naturaleza misteriosa, que el hombre no puede ni aun concebir. Te lo ruego, no me preguntes la causa de mi dolor; si te la revelase acaso te arrancaríá una carcajada.

Cuando estas palabras espiraron, ella tornó á inclinar la frente y él á reiterar sus preguntas. La hermosa, rompiendo al fin su obstinado silencio, dijo á su amante con voz sorda y entrecortada:

—Tú lo quieres, es una locura que te hará reir; pero no importa, te lo diré puesto que lo deseas.

Ayer estuve en el templo. Se celebraba la fiesta de la Virgen; su imagen, colocada en el altar mayor (7) sobre un escabel de oro, resplandecía como ún ascua de fuego; las notas del órgano temblaban dilatándose de eco en eco por el ámbito de la iglesia, y en el coro los sacerdotes entonaban el *Salve Regina*.

Yo rezaba, rezaba absorta en mis pensamientos religiosos, (8) cuando maquinalmente levanté la cabeza y mi vista se dirigió al altar. No sé porqué mis ojos se fijaron desde luego en la imagen, digo mal, en la imagen no; se fijaron en un objeto que hasta entonces no había visto, un objeto que

sin poder explicármelo llamaba sobre sí toda mi atención. No te rías.... aquel objeto era la ajorca de oro que tiene la Madre de Dios en uno de los brazos en que descansa su divino Hijo... Yo aparté la vista y torné á rezar..... ¡Imposible! Mis ojos se volvían involuntariamente al mismo punto. Las luces del altar, reflejándose en las mil facetas de sus diamantes, se reproducían de una manera prodigiosa. Millones de chispas de luz, rojas y azules, verdes y amarillas, volteaban alrededor de las piedras como un torbellino de átomos de fuego, como una vertiginosa ronda de esos espíritus de las llamas que fascinan con su brillo y su increíble inquietud... Salí del templo; vine á casa, pero vine con aquella idea fija en la imaginación. Me acosté para dormir; no pude... Pasó la noche eterna con aquel pensamiento.... Al amanecer se cerraron mis párpados y ¿lo creerás? aun en mi sueño, veía cruzar, perderse y tornar de nuevo una mujer, una mujer morena y hermosa, que llevaba la joya de oro y de pedrería; una mujer, sí, porque ya no era la Virgen que yo adoro y ante quien me humillo; era una mujer, otra mujer como yo, que me miraba y se reía mofándose de mí. —¿La ves?, parecía decirme mostrándome la joya. ¡Cómo brilla! Parece un círculo de estrellas arrancadas del cielo de una noche de verano. ¿La

ves? Pues no es tuya, no lo será nunca, nunca..... Tendrás acaso otras mejores, más ricas si es posible, pero ésta, ésta que resplandece de un modo tan fantástico, tan fascinador, nunca, nunca..... Desperté, pero con la misma idea, fija aquí entonces como ahora, semejante á un clavo ardiente, diabólica, incontrastable, inspirada sin duda por el mismo Satanás... ¿Y qué?, callas... callas y doblas la frente... ¿No te hace reir mi locura?

Pedro, con un movimiento convulsivo, oprimió el puño de su espada, levantó la cabeza, que en efecto había inclinado, y dijo con voz sorda:

—¿Qué Virgen tiene esa presea?

—¡La del Sagrario!, murmuró María.

—¡La del Sagrario!, repitió el joven con acento de terror, ¡la del Sagrario de la Catedral!...

Y en sus facciones se retrató (9) un instante el estado de su alma, espantada de una idea.

—¡Ah!, ¿por qué no la posee otra Virgen?, presagió con acento enérgico y apasionado; ¿por qué no la tiene el arzobispo en su mitra, el rey en su corona ó el diablo entre sus garras? Yo se la arrancaré para tí aunque me costase la vida ó la condenación. Pero á la Virgen del Sagrario, á nuestra Santa Patrona, yo... yo que he nacido en Toledo, ¡imposible, imposible!

—¡Nunca!, murmuró María con voz casi imperceptible, ¡nunca!

Y siguió llorando.

Pedro fijó una mirada estúpida en la corriente del río. En la corriente que pasaba, y pasaba sin cesar ante sus extraviados ojos, quebrándose al pie del mirador, entre las rocas sobre que se asienta la ciudad imperial.

### III.

¡La Catedral de Toledo! Figuráos un bosque de gigantes palmeras de granito que al entrelazar sus ramas forman una bóveda colosal y magnífica, bajo la cual se guarece y vive, con la vida que le ha prestado el genio, toda una creación de seres imaginarios y reales.

Figuráos un caos (10) incomprensible de sombra y luz, donde se mezclan y confunden con las tinieblas de las naves los rayos de colores de las ojivas; donde lucha y se pierde con la obscuridad del santuario el fulgor de las lámparas.

Figuráos un mundo de piedra, inmenso como el espíritu de nuestra religión, sombrío como sus tradiciones, enigmático como sus parábolas, y todavía no tendréis una idea remota de ese eterno monumento del entusiasmo y la fe de nuestros mayores, sobre el que los siglos han derramado á porfía (11) el tesoro de sus creencias, de su inspiración y de sus artes.

En su seno viven el silencio, la majestad, la poesía del misticismo y un santo horror que defiende sus umbrales contra los pensamientos mundanos y las mezquinas pasiones de la tierra.

La consunción material se alivia respirando el aire puro de las montañas; el ateísmo debe curarse respirando su atmósfera de fe.

Pero, si grande, si imponente se presenta la Catedral á nuestros ojos, á cualquier hora que se penetra en su recinto misterioso y sagrado, nunca produce una impresión tan profunda como en los días en que despliega todas las galas de su pompa religiosa, en que sus tabernáculos se cubren de oro y pedrería, sus gradas de alfombra y sus pilares de tapices.

Entonces, cuando arden despidiendo un torrente de luz sus mil lámparas de plata; cuando flota en el aire una nube de incienso y (12) las voces del coro y la armonía de los órganos y las campanas de la torre, estremecen el edificio desde sus cimientos más profundos hasta las más altas agujas que lo coronan, entonces es cuando se comprende, al sentirla (13) la majestad tremenda de Dios que vive en él y lo anima con su soplo y lo llena con el reflejo de su omnipotencia.

El mismo día en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir, se celebraba en la catedral

de Toledo el último de la magnífica octava de la Virgen. La fiesta religiosa había traído á ella una multitud inmensa de fieles; pero ya ésta se había dispersado en todas direcciones; ya se habían apagado las luces de las capillas y del altar mayor, y las colosales puertas del templo habían rechinado sobre sus goznes para cerrarse detrás del último toledano, cuando de entre las sombras, y pálido, tan pálido como la estatua de la tumba en que se apoyó un instante mientras dominaba (14) su emoción, se adelantó un hombre que vino deslizándose con el mayor sigilo hasta la verja del crucero. Allí la claridad de una lámpara permitía distinguir sus facciones.

Era Pedro.

¿Qué había pasado entre los dos amantes para que se arrestara al fin á poner por obra (15) una idea que sólo el concebirla había erizado sus cabellos de horror? Nunca pudo saberse.

Pero él estaba allí, y estaba allí para llevar á cabo su criminal propósito. En su mirada inquieta, en el temblor de sus rodillas, en el sudor que corría en anchas gotas por su frente, llevaba escrito su pensamiento.

La Catedral estaba sola, completamente sola y sumergida en un silencio profundo.

No obstante, de cuando en cuando se percibían

(16) como unos rumores confusos: chasquidos (17) de madera tal vez ó murmullos del viento, ó ¿quién sabe?, acaso ilusión de la fantasía que oye y ve y palpa en su exaltación lo que no existe; pero la verdad era que ya cerca, ya lejos, ora á sus espaldas, ora á su lado mismo sonaban como sollozos que se comprimen, como roce de telas que se arrastran, como rumor de pasos que van y vienen sin cesar. Pedro hizo un esfuerzo para seguir en su camino; llegó á la verja y subió la primera grada de la capilla mayor. Alrededor de esta capilla están las tumbas de los reyes, cuyas imágenes de piedra, con la mano en la empuñadura de la espada, parecen velar noche y día por el santuario á cuya sombra descansan todos por una eternidad.

¡Adelante! murmuró en voz baja, y quiso andar y no pudo. Parecía que sus pies se habían clavado en el pavimento. Bajó los ojos, y sus cabellos se erizaron de horror: el suelo de la capilla lo formaban anchas y oscuras losas sepulcrales.

Por un momento creyó que una mano fría y descarnada lo sujetaba en aquel punto con una fuerza invencible. Las moribundas lámparas que brillaban en el fondo de las naves como estrellas perdidas entre las sombras, oscilaron á su vista, y oscilaron las estatuas de los sepulcros y las

imágenes del altar, y osciló el templo todo con sus arcadas de granito y sus machones de sillería.

¡Adelante! volvió á exclamar Pedro como fuera de sí, y se acercó al ara, y trepando por ella subió hasta el escabel de la imagen.

Todo alrededor suyo se revestía de formas quiméricas y horribles, todo era tinieblas y luz dudosa, más imponente aún que la obscuridad. Sólo la Reina de los cielos, suavemente iluminada por una lámpara de oro, parecía sonreír tranquila, bondadosa y serena en medio de tanto horror (18). Sin embargo, aquella sonrisa muda é inmóvil que le tranquilizara un instante, concluyó por infundirle temor; un temor más extraño, más profundo que el que hasta entonces había sentido. Tornó empero á dominarse (19), cerró los ojos para no verla, extendió la mano con un movimiento convulsivo y le arrancó la ajorca de oro, piadosa ofrenda de un santo arzobispo; la ajorca de oro, cuyo valor equivalía á una fortuna. Ya la presea estaba en su poder, sus dedos crispados la oprimían con una fuerza sobrenatural; sólo restaba huir, huir con ella; pero para esto era preciso abrir los ojos y Pedro tenía miedo de ver, de ver la imagen, de ver los reyes de las sepulturas, los demonios de las cornisas, los endriagos (20) de los capiteles, las fajas de sombra y los rayos de luz

que semejantes á blancos y gigantescos fantasmas se movían lentamente en el fondo de las naves, pobladas de rumores temerosos y extraños.

Al fin abrió los ojos, tendió una mirada y un grito agudo se escapó de sus labios.

La catedral estaba llena de estatuas, estatuas que, vestidas con luengos y no vistos ropajes, habían descendido de sus huecos y ocupaban todo el ámbito de la iglesia y le miraban con sus ojos sin pupila.

Santos, monjas, ángeles, demonios, guerreros, damas, pajes, cenobitas y villanos se rodeaban (21) y confundían en las naves y en el altar. Á sus pies oficiaban, en presencia de los reyes, de hinojos sobre sus tumbas, los arzobispos de mármol que él había visto otras veces inmóviles sobre sus lechos mortuorios; mientras que arrastrándose por las losas, trepando por los machones, acurrucados en los doseles suspendidos de las bóvedas pululaban, como los gusanos de un inmenso cadáver, todo un mundo de reptiles y alimañas de granito, quiméricos, deformes, horrorosos.

Ya no pudo resistir más. Las sienas le latieron con una violencia espantosa; una nube de sangre obscureció sus pupilas; arrojó un segundo grito; un grito desgarrador y sobrehumano y cayó desvanecido sobre el ara.

Cuando al otro día los dependientes de la iglesia lo encontraron al pie del altar, tenía aun la ajorca de oro entre sus manos, y al verlos aproximarse exclamó con una estridente carcajada:

—¡Suya! ¡suya! (22).

El infeliz estaba loco. (Íd.)

(1) *Dont notre imagination revêt les anges* (2) *se remit à pleurer* (3) *se tordait* (4) *disparaissait derrière* (5) *azur* (6) *profond* (7) *au dessus du maître-autel* (8) *pieuses* (9) *retraca* (10) *assemblage* (11) *à l'envi* (12) *et que* (13) *parce qu'on le sent* (14) *maîtriser* (15) *mettre à exécution* (16) *se faisaient entendre* (17) *craquements* (18) *dans l'horreur qui l'entourait* (19) *Il se domina encore* (20) *monstres* (21) *se pressaient* (22) *¡A elle!*

## El miserere.

Hace algunos meses que, visitando la célebre abadía de Fitero, y ocupándome en revolver algunos volúmenes en su abandonada biblioteca, descubrí en uno de sus rincones dos ó tres cuadernos de música bastante antiguos, cubiertos de polvo y hasta comenzados á roer (1) por los ratones.

Era un *miserere*.

Yo no sé (2) la música, pero le tengo tanta afición que, aun sin entenderla (3), suelo á veces coger la partitura de una ópera y me paso las horas muertas hojeando (4) sus páginas, mirando los

grupos de notas más ó menos apiñadas, las rayas, los sermicírculos, los triángulos y las especies de etcéteras que llaman llaves y todo esto sin comprender una jota ni sacar maldito el provecho (5).

Consecuente con mi manía repasé los cuadernos, y lo primero que me llamó la atención fué que aunque en la última página ví esta palabra latina tan vulgar en todas las obras *finis*, la verdad era que el miserere no estaba terminado, porque la música no alcanzaba (6) sino hasta el décimo versículo.

Esto fué, sin duda, lo que me llamó la atención primeramente, pero luego que me fijé un poco en las hojas de música, me chocó más aún el observar que, en vez de esas palabras italianas que ponen en todos como *maestoso*, *allegro*, *ritardando*, *piu*, *vivo*, *á piacere*, había unos renglones escritos con letra muy menuda y en alemán, de los cuales algunos servían para advertir cosas tan difíciles de hacer como éstas: Crujen, crujen los huesos y de sus médulas han de parecer que salen los alaridos ó esta otra: La cuerda aulla sin discordar, el metal atruena sin ensordecir, por eso suena todo y no se confunde nada y todo es la humanidad que solloza y gime; ó la más original de todas, sin duda, recomendaba al pie del último versículo: Las notas son huesos cubiertos



de carne, lumbre inextinguible los cielos, y su armonía, fuerza, fuerza y dulzura.

—¿Sabéis que esto? pregunté á un viejecito que me acompañaba, al acabar de medio traducir estos renglones que parecían frases escritas por un loco.

El anciano me contó entonces la leyenda que voy á referiros:

## I.

«Hace ya muchos años, en una noche lluviosa y oscura, llegó á la puerta claustral de esta abadía un romero y pidió un poco de lumbre para secar sus ropas, un pedazo de pan conque satisfacer su hambre y un albergue cualquiera donde esperar la mañana y proseguir con la luz del sol su camino.

Su modesta colación, su pobre lecho y su encendido hogar puso el hermano á quien se hizo esta demanda á disposición del caminante, al cual, después que se hubo repuesto de su cansancio, interrogó acerca del objeto de su romería y del punto á que se encaminaba.

—Yo soy músico, respondió el interpelado, he nacido muy lejos de aquí, y en mi patria gocé un día de gran renombre. En mi juventud hice de mi arte un arma poderosa de seducción y encendí

con él pasiones que me arrastraron á un crimen. En mi vejez quiero convertir al bien las facultades que he empleado para el mal, redimiéndome por donde mismo pude condenarme.

Como las enigmáticas palabras del desconocido no pareciesen del todo claras al hermano lego, en quien ya comenzaba la curiosidad á despertarse é instigado por ésta continuara en sus preguntas, su interlocutor prosiguió de este modo:

—Lloraba yo en el fondo de mi alma la culpa que había cometido, mas al intentar (7) pedirle á Dios misericordia, no encontraba palabras para expresar dignamente mi arrepentimiento; cuando un día se fijaron mis ojos por casualidad en un libro santo, abrí aquel libro y en una de sus páginas encontré un gigante grito de contrición verdadera, un salmo de David, el que comienza *¡Miserere mei, Domine!* Desde el instante que hu-  
be leído sus estrofas, mi único pensamiento fué hallar una forma musical tan magnífica, tan sublime que (8) bastase á contener el grandioso himno de dolor del Rey Profeta, aun no la he encontrado; pero si logro expresar lo que siento en mi corazón, lo que oigo confusamente en mi cabeza, estoy seguro de hacer un miserere tal y tan maravilloso que no hayan oído otro semejante los nacidos (9); tal y tan desgarrador que al escuchar

el primer acorde los arcángeles dirán conmigo cubiertos los ojos de lágrimas y dirigiéndose al Señor: ¡misericordia! y el Señor la tendrá de su pobre criatura.

El romero, al llegar á este punto de su narración, calló por un instante, y después, exhalando un suspiro, tornó á coger el hilo de su discurso.

El hermano lego, algunos dependientes de la abadía y dos ó tres pastores de la granja de los frailes, que formaban círculo alrededor del hogar, le escuchaban con un profundo silencio.

—Después, continuó, de recorrer toda Alemania, toda Italia y la mayor parte de este país clásico para la música religiosa, aun no he oído un miserere en que pueda inspirarme; ni uno, ni uno, y he oído tantos que puedo decir que los he oído todos.

—¿Todos?, dijo entonces interrumpiéndole uno de los rabadanes, ¿á qué no habéis oído aún el Miserere de la montaña?

—¡El Miserere de la montaña!, exclamó el músico con aire de extrañeza, ¿qué miserere es ese?

—¿No dije?, murmuró el campesino, y luego prosiguió con una entonación misteriosa: ese miserere que sólo por casualidad oyen los que como yo andan día y noche tras el ganado por entre breñas y peñascales; es toda una historia, una historia muy

antigua, pero tan verdadera como al parecer increíble:

Es el caso, que en lo más fragoso de esas cordilleras de montañas que limitan el horizonte del valle, en el fondo del cual se halla la abadía, hubo hace ya muchos años; ¡qué digo muchos años! muchos siglos un monasterio famoso, cuyo monasterio, á lo que parece, edificó á sus expensas un señor con los bienes que había de legar á su hijo, al cual desheredó al morir en pena de sus maldades. Hasta aquí todo fué bueno, pero es el caso que este hijo, que, por lo que se verá más adelante (11), debió ser la piel del diablo, si no era el mismo diablo en persona (12), sabedor de que sus bienes estaban en poder de los religiosos y de que su castillo se había transformado en iglesia, reunió unos cuantos bandoleros, camaradas suyos en la vida de perdición que emprendiera al abandonar la casa de sus padres, y una noche de Jueves Santo en que los monjes se hallaban en el coro y en el punto y hora en que iban á comenzar ó habían comenzado el *Miserere* (13), pusieron fuego al Monasterio, saquearon la iglesia y á éste quiero, á aquél no, se dice que no dejaron fraile con vida.

Después de esta atrocidad, se marcharon los bandidos y su instigador con ellos, adonde no se sabe, á los profundos tal vez.

Las llamas redujeron el monasterio á escombros; de la iglesia aun quedan en pie las ruinas sobre el cóncavo peñón de donde nace la cascada que, después de estrellarse de peña en peña, forma el riachuelo que viene á bañar los muros de ésta abadía.

—Pero, interrumpió impaciente el músico, ¿y el *Miserere*?

—Aguardáos, continuó con gran sorna el rabadán, que todo irá por partes. (14) Dicho lo cual, siguió así su historia:

Las gentes de los contornos se escandalizaron del crimen: de padres á hijos y de hijos á nietos, se refirió con horror en las largas noches de velada; pero lo que mantiene más viva su memoria, es que todos los años, tal noche como en la que se consumó, se ven brillar luces al través de las rotas ventanas de la iglesia, se oyen como una especie de música extraña y unos cantos lúgubres y aterradores que se perciben á intervalos en las ráfagas del aire.

Son los monjes, los cuales, muertos tal vez sin hallarse preparados para presentarse en el Tribunal de Dios limpios (15) de toda culpa, vienen aún del Purgatorio á impetrar su misericordia cantando el *Miserere*.»

Los circunstantes se miraron unos á otros con muestras (16) de incredulidad; sólo el romero, que

parecía vivamente preocupado con la narración de la historia, preguntó con ansiedad al que la había referido:

—¿Y decís que ese portento se repite aún?

—Dentro de tres horas comenzará, sin falta alguna, porque precisamente esta noche es la de Jueves Santo, y acaban de dar las ocho en el reloj de la abadía.

—¿Á qué distancia se encuentra el monasterio?

—Á una legua y media escasa... (17) pero, ¿qué hacéis? ¿Adónde váis con una noche como ésta? ¿Estáis dejado de la mano de Dios!, exclamaron todos al ver que el romero, levantándose de su escaño y tomando el bordón, abandonaba el hogar para dirigirse á la puerta.

—¿Adónde voy? A oír esa maravillosa música, á oír el grande, el verdadero Miserere, el Miserere de los que vuelven al mundo después de muertos, (18) y saben lo que es morir en el pecado.

Y esto diciendo, desapareció de la vista del espantado lego y de los no menos atónitos pastores.

El viento zumbaba y hacía crugir las puertas, como si una mano poderosa pugnase (19) por arrancarlas de sus quicios; la lluvia caía en turbiones, azotando los vidrios de las ventanas, y de cuando en cuando la luz de un relámpago ilumi-

naba por un instante todo el horizonte que desde ellas se descubría.

Pasado el primer momento de estupor, exclamó el lego:

— ¡Está loco!

— ¡Está loco!, repitieron los pastores; y atizaron de nuevo la lumbre y se agruparon alrededor del hogar.

## II.

Después de una ó dos horas de camino, el misterioso personaje que calificaron de loco en la abadía, remontando la corriente del riachuelo que le indicó el rabadán de la historia, llegó al punto en que se levantaban negras é imponentes las ruinas del monasterio.

La lluvia había cesado; las nubes flotaban en oscuras bandas, por entre cuyos girones (20) se deslizaba á veces un furtivo rayo de luz, pálida y dudosa; y el aire, al azotar los fuertes machones y extenderse por los desiertos claustros, diríase que exhalaba gemidos. Sin embargo, nada sobrenatural, nada extraño venía á herir la imaginación. Al que había dormido más de una noche, sin otro amparo que las ruinas de una torre abandonada ó un castillo solitario; al que había arros-

trado en su larga peregrinación cien y cien tormentas, todos, todos aquellos ruidos le eran familiares.

Las gotas de agua que se filtraban por entre las grietas de los rotos arcos y caían sobre las losas con un rumor acompasado, como el de la péndola de un reloj; los gritos del buho que graznaba refugiado bajo el nimbo de piedra de una imagen, de pie aún en el hueco de un muro; el ruido de los reptiles, que despiertos de su letargo por la tempestad, sacaban sus disformes cabezas de los agujeros donde duermen, ó se arrastraban por entre los jaramagos y los zarzales que crecían al pie del altar, entre las junturas de las lápidas sepulcrales que formaban el pavimento de la iglesia, todos esos extraños y misteriosos murmullos del campo, de la soledad y de la noche, llegaban perceptibles al oído del romero, que sentado sobre la mutilada estatua de una tumba, aguardaba ansioso la hora en que debiera realizarse el prodigio. Transcurrió tiempo y tiempo y nada se percibió; aquellos mil confusos rumores seguían sonando y combinándose de mil maneras distintas, pero siempre los mismos.

¿Si me habrá engañado?, pensó el músico; pero en aquel instante se oyó un ruido nuevo, un ruido inexplicable en aquel lugar, como el que produce

un reloj algunos segundos antes de sonar la hora, ruido de ruedas que giran, de cuerdas que se dilatan, de maquinaria que se agita sordamente y se dispone á usar de su misteriosa vitalidad mecánica y sonó una campanada... dos... tres... hasta once.

En el derruido templo no había campana, ni reloj, ni torre ya siquiera.

Aún no había espirado, debilitándose de eco en eco, la última campanada, todavía se escuchaba su vibración temblando en el aire, cuando los doseles de granito que cobijaban las esculturas, las gradas de mármol de los altares, los sillares de las ojivas, los calados antepechos (21) del coro, los festones de tréboles de las cornisas, los negros machones de los muros, el pavimento, las bóvedas, la iglesia entera, comenzó á iluminarse espontáneamente sin que se viese una antorcha, un cirio ó una lámpara que derramase aquella insólita claridad.

Parecía (22) como un esqueleto, de cuyos huesos amarillos se desprende ese gas fosfórico que brilla y humea en la obscuridad como una luz azulada, inquieta y medrosa.

Todo pareció animarse, pero con ese movimiento galvánico que imprime á la muerte contracciones que parodian la vida, movimiento ins-

tantáneo, más horrible aun que la inercia del cadáver que agita con su desconocida fuerza.

Las piedras se reunieron á las piedras; el ara, cuyos rotos fragmentos se veían antes esparcidos sin orden, se levantó intacta, como si acabase de dar en ella su último golpe de cincel el artífice, y al par del ara se levantaron las derribadas capillas, los rotos chapiteles y las destrozadas é inmensas series de arcos que, cruzándose y enlazándose caprichosamente entre sí, formaron con sus columnas un laberinto de pórfido.

Una vez reedificado el templo, comenzó á oirse un acorde lejano que pudiera confundirse con el zumbido del aire, pero que era un conjunto de voces lejanas y graves, que parecía salir del seno de la tierra é irse elevando poco á poco, haciéndose cada vez más perceptible.

El osado peregrino comenzaba á tener miedo; pero con su miedo luchaba aún su fanatismo por todo lo desusado y maravilloso, y alentado (23) por él dejó la tumba sobre que reposaba, se inclinó al (24) borde del abismo, por entre cuyas rocas saltaba el torrente, despeñándose con un trueno incesante y espantoso, y sus cabellos se erizaron de horror.

Mal envueltos en los girones de sus hábitos, caladas las capuchas, bajo los pliegues de las cuales

contrastaban con sus descarnadas mandíbulas y los blancos dientes, las oscuras cavidades de los ojos de sus calaveras, vió los esqueletos de los monjes, que fueron arrojados desde el pretil de la iglesia á aquel precipicio, salir del fondo de las aguas, y agarrándose con los largos dedos de sus manos de hueso á las grietas de las peñas, trepar por ellas hasta tocar el borde, diciendo con voz baja y sepulcral, pero con una desgarradora expresión de dolor, el primer versículo del salmo de David:

*¡Miserere mei, Domine, secundum magnam misericordiam tuam!*

Cuando los monjes llegaron al peristilo del templo, se ordenaron en dos hileras, y penetrando en él fueron á arrodillarse en el coro, donde con voz más levantada y solemne prosiguieron entonando los versículos del salmo. La música sonaba al compás de sus voces: aquella música era el rumor (25) distante del trueno, que, desvanecida la tempestad, se alejaba murmurando; era el zumbido del aire que gemía en la concavidad del monte; era el monótono ruido de la cascada que caía sobre las rocas, y la gota de agua que se filtraba, y el grito del buho escondido, y el roce de los reptiles inquietos. Todo esto era la música, y algo más que no puede explicarse ni apenas con-

cebirse, algo más que parecía como el eco de un órgano que acompañaba los versículos del gigante himno de contrición del Rey Salmista, con notas y acordes tan gigantes como sus palabras terribles.

Siguió la ceremonia; el músico que la presenciaba, absorto y aterrado, creía estar fuera del mundo real, vivir en esa región fantástica del sueño, en que todas las cosas se revisten de formas extrañas y fenomenales.

Un sacudimiento terrible vino á sacarle (26) de aquel estupor, que embargaba todas las facultades de su espíritu. Sus nervios saltaron (27) al impulso de una emoción fortísima, sus dientes chocaron, agitándose con un temblor imposible de reprimir, y el frío penetró hasta la médula de sus huesos. Los monjes pronunciaban en aquel instante estas espantosas palabras del Miserere:

*In iniquitatibus conceptus sum; et in peccatis concepit me mater mea.*

Al resonar este versículo y dilatarse sus ecos retumbando de bóveda en bóveda, se levantó un alarido tremendo, que parecía un grito de dolor arrancado á la humanidad entera por la conciencia de sus maldades; un grito horroroso, formado de todos los lamentos del infortunio, de todos los aullidos de la desesperación, de todas las blas-

femias de la impiedad, concierto monstruoso, digno de intérprete de los que viven en el pecado y fueron concebidos en la iniquidad.

Prosiguió el canto, ora tristísimo y profundo, ora semejante á un rayo de sol que rompe la nube obscura de una tempestad, haciendo suceder á un relámpago de terror otro relámpago de júbilo, hasta que merced á una transformación súbita, la iglesia resplandeció bañada en luz celeste; las osamentas de los monjes se vistieron de sus carnes, una aureola luminosa brilló en derredor de sus frentes, se rompió la cúpula y al través de ella se vió el cielo como un océano de lumbre abierto á las miradas de los justos.

Los serafines, los arcángeles, los ángeles y las jerarquías acompañaban con un himno de gloria este versículo, que subía entonces al trono del Señor como una tromba armónica, como una gigantesca espiral de sonoro incienso:

*Auditu meo dabis gaudium et lætitiã, et exultabunt ossa humiliata.*

En este punto la claridad deslumbradora cegó los ojos del romero, sus sienes latieron con violencia, zumbaron sus oídos y cayó sin conocimiento por tierra, y nada más oyó.

III.

Al día siguiente los pacíficos monjes de la abadía de Fitero, á quienes el hermano lego había dado cuenta (28) de la extraña visita de la noche anterior, vieron entrar por sus puertas, pálido y como fuera de sí, al desconocido romero.

—¿Oísteis al cabo el *Miserere*?, le preguntó con cierta mezcla de ironía el lego, lanzando á hurtadillas (29) una mirada de inteligencia á sus superiores.

—Sí, respondió el músico.

—¿Y qué tal os ha parecido?

—Lo voy á escribir; dadme un asilo en vuestra casa, prosiguió dirigiéndose al abad; un asilo y pan por algunos meses, y voy á dejaros una obra inmortal del arte, un *Miserere* que borre mis culpas á los ojos de Dios, eternice mi memoria, y eternice con ella la de esta abadía.

Los monjes, por curiosidad, aconsejaron al abad que accediese (30) á su demanda; el abad, por compasión, aun creyéndole un loco, accedió al fin á ella, y el músico, instalado ya en el monasterio, comenzó su obra.

Noche y día trabajaba con un afán incesante. En mitad de su tarea se paraba, y parecía como

escuchar algo que sonaba en su imaginación, y se dilataban sus pupilas, saltaba en el asiento y exclamaba: ¡Eso es; así, así, no hay duda..... así!, y proseguía escribiendo notas con una rapidez febril, que dió en más de una ocasión que admirar á los que le observaban sin ser vistos.

Escribió los primeros versículos y los siguientes, y hasta la mitad del salmo; pero al llegar al último que había oído en la montaña, le fué imposible proseguir.

Escribió uno, dos, cien, doscientos borradores; todo inútil. Su música no se parecía á aquella música ya anotada, y el sueño huyó de sus párpados, (31) y perdió el apetito, y la fiebre se apoderó de su cabeza, y se volvió (32) loco, y se murió, en fin, sin poder terminar el *Miserere*, que, como una cosa extraña, guardaron los frailes á su muerte, y aun se conserva hoy en el archivo de la abadía.

Cuando el viejecito concluyó (33) de contarme esta historia, no pude menos (34) de volver otra vez los ojos al empolvado y antiguo manuscrito del *Miserere*, que aun estaba abierto sobre una de las mesas:

*In peccatis concepit me mater mea.*

Estas eran las palabras de la página que tenía ante mí vista, y que parecía mofarse de mí con

sus notas; sus llaves y sus garabatos ininteligibles para los legos en la música.

Por haberlas podido leer hubiera dado un mundo.

¿Quién sabe si no será una locura?

(1) *Quelque peu mangés* (2) *connaître* (3) *sans y rien entendre* (4) *à parcourir* (5) *le plus petit profit* (6) *arriver* (7) *si je voulais* (8) *assez... pour* (9) *que personne jamais n'en aura entendu de semblable* (10) *Est-ce que vous avez...* (11) *par ce qu'on va voir* (12) *lui même* (13) *au moment de commencer le Miserere ou peut-être l'ayant déjà commencé* (14) *Le tout viendra par parties* (15) *purs* (16) *d'un air* (17) *à peine* (18) *après leur mort* (19) *eut voulu* (20) *déchi- rures* (21) *barrières à jour* (22) *On aurait dit* (23) *poussé* (24) *se pencher sur* (25) *grondement* (26) *l'arracher* (27) *s'agitèrent* (28) *rendre compte* (29) *à la dérobée* (30) *d'ac- quiescer* (31) *il ne connut plus de repos* (32) *Devenir* (33) *eut achevé* (34) *Je ne pus m'empêcher.*

## El monte de las Ánimas.

La noche de Difuntos me despertó, á no sé qué hora, el doble de las campanas; su tañido, monó- tono y eterno, me trajo á las mientes (1) esta tra- dición que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo; ¡imposible! Una vez aguijoneada la imaginación, es un caballo que se

desboca (2) y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato me decidí á escribirla, como en efecto lo hice.

Yo la oí en el mismo lugar (3) en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con miedo cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.

Sea de ello lo que quiera, ahí va, como el caballo de copas (4).

## I.

—Atad los perros; haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores, y demos la vuelta (5) á la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el monte de las Ánimas.

—¡Tan pronto!

—Á ser (6) otro el día, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración en los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán á tañer su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinosa! ¡Bah! ¿Quiéres asustarme? (7).

—No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aún no hace un año que has venido á él desde muy lejos. Refrena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dure el camino (8) te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos: los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron á sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva á bastante distancia.

Mientras duraba el camino (9), Alonso narró en estos términos la prometida historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Ánimas, pertenecía á los Templarios, cuyo convento ves allí á la margen del río. Los Templarios eran guerreros y religiosos á la vez. Conquistada Soria á los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio á sus nobles de Castilla, que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron.

Entre los caballeros de la nueva y poderosa Orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde

reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir á sus placeres; los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, á pesar de las severas prohibiciones de los clérigos con espuelas, como llamaban á sus enemigos.

Cundió (10) la voz del reto, y nada fué parte á detener á los unos en su manía de cazar y á los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó á cabo (11). No se acordaron de ella las fieras; antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos (12) por sus hijos. Aquello no fué una cacería, fué una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres; los lobos, á quienes se quiso exterminar, tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó á arruinarse.

Desde entonces dicen que cuando llega la noche de Difuntos, se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en girones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los

lobos aullan, las culebras dan horrorosos silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él antes que cierre (13) la noche.

La relación de Alonso concluyó justamente (14) cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso (15) á la ciudad por aquel lado. Allí esperaron el resto de la comitiva, la cual, después de incorporárseles los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

## II.

Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor iluminando algunos grupos de damas y caballeros que alrededor de la lumbre conversaban familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ojivas del salón.

Solas dos personas parecían ajenas á la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguía con los ojos, absorta en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo

de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacía rato un profundo silencio.

Las dueñas referían, á propósito de la noche de Difuntos, cuentos temerosos, en que los espectros y los aparecidos representaban el principal papel (16), y las campanas de las iglesias de Soria doblaban á lo lejos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima, exclamó al fin Alonso rompiendo el largo silencio en que se encontraban, pronto vamos á separarnos, tal vez para siempre; las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales sé que no te gustan; te he oído suspirar varias veces, acaso por algún galán de tu lejano señorío.

Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia; todo un carácter de mujer se reveló en aquella desdeñosa contracción de sus delgados (17) labios.

—Tal vez por la pompa de la corte francesa donde hasta aquí has vivido, se apresuró á añadir el joven. De un modo ó de otro, presiento que no tardaré en perderte... al separarnos, quisiera que llevases una memoria mía... ¿Te acuerdas cuando fuímos al templo á dar gracias Dios por haberte devuelto la salud, que viniste á buscar á esta tie-

rra? El joyel que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¡Qué hermoso estaría sujetando un velo sobre tu obscura cabellera!

Ya ha prendido el de una desposada; mi padre se lo regaló (18) á la que me dió el sér, y ella lo llevó al altar. ¿Lo quieres?

—No sé en el tuyo (19), contestó la hermosa, pero en mi país una prenda recibida compromete una voluntad (20). Sólo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un deudo... que aún puede ir á Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven, que después de serenarse dijo con tristeza:

Lo sé, prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos; hoy es día de ceremonias y presentes. ¿Quiéres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios, y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron á quedarse en silencio, (21) y volvióse á oír la cascada (22) voz de las viejas, que hablaban de brujas y de trasgos y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ojivas, y el triste y monótono doblar de las campanas.

Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo tornó á anudarse de este modo:

—Y antes que concluya el día de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mío, y puedes, sin atar tu voluntad, dejarme un recuerdo, ¿no lo harás?, dijo él clavando una (23) mirada en la de su prima, que brilló como un relámpago, iluminada por un pensamiento diabólico.

¿Por qué no?, exclamó ésta llevándose la mano al hombro derecho, como para buscar alguna cosa entre los pliegues de su ancha manga de terciopelo bordado de oro.... Después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió:

—¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy á la cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste que era la divisa de tu alma?

—Sí.

—Pues.... ¡se ha perdido!, y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¡Se ha perdido!, ¿y dónde?, preguntó Alonso incorporándose de su asiento, y con una indescriptible expresión de temor y esperanza.

—No sé... en el monte acaso.

—¡En el monte de las Ánimas, murmuró palideciendo y dejándose caer (24) sobre el sitial; en el monte de las Ánimas!

Luego prosiguió con voz entrecortada y sorda:

—Tú lo sabes, porque lo habrás oído mil veces; en la ciudad, en toda Castilla, me llaman el rey de los cazadores. No habiendo aún podido probar mis fuerzas en los combates, como mis ascendientes, he llevado á esa diversión, imagen de la guerra, todos los bríos de mi juventud, todo el ardor hereditario en mi raza. La alfombra que pisan tus pies son despojos de fieras que he muerto por mi mano.

Yo conozco sus guaridas y sus costumbres; yo he combatido con ellas de día y de noche, á pie y á caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir el peligro en ninguna ocasión. Otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como á una fiesta, y sin embargo, esta noche..... esta noche, ¿á qué ocultarlo?, tengo miedo. ¿Oyes? Las campanas doblan, la oración ha sonado en San Juan del Duero, las ánimas del monte comenzarán ahora á levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas..... ¡las ánimas!, cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más valiente, tornar sus cabellos blancos ó arrebatarle en el torbellino de su fantástica carrera, como una hoja que arrastra el viento sin que se sepa adónde.

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que

cuando hubo concluído exclamó con un tono indiferente y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujía la leña, arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh!, eso de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de Difuntos, y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase, la recargó (25) de un modo tan especial, que Alonso no pudo menos de comprender toda su amarga ironía; movido como por un resorte, se puso de pie, se pasó la mano por (26) la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza, y no en su corazón, y con voz firme exclamó dirigiéndose á la hermosa, que estaba aún inclinada sobre el hogar entreteniéndose en revolver el fuego:

—Adiós, Beatriz, adiós. Hasta... pronto.

—¡Alonso! ¡Alonso!, dijo ésta volviéndose con rapidez; pero cuando quiso ó aparentó querer detenerle, el joven había desaparecido.

Á los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope. La hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho que coloreó sus mejillas, prestó atento oído á aquel rumor, que se debilitaba, que se perdía, que se desvaneció por último.

Las viejas, en tanto, continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón, y las campanas de la ciudad doblaban á lo lejos.

### III.

Había pasado una hora, dos, tres; la media noche estaba á punto (27) de sonar, y Beatriz se retiró á su oratorio. Alonso no volvía; no volvía, cuando en menos de una hora pudiera haberlo hecho (28).

— ¡Habrá tenido miedo!, exclamó la joven cerrando su libro de oraciones y encaminándose á su lecho, después de haber intentado inútilmente murmurar alguno de los rezos que la Iglesia consagra el día de Difuntos á los que ya no existen.

Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió; se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reloj del Postigo. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de la campana, lentas, sordas, tristísimas, y entreabrió los ojos. Creía haber oído á par de ellas pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana.

—Será el viento, dijo; y poniéndose la mano sobre el corazón procuró tranquilizarse. Pero su corazón latía cada vez con más violencia. Las puertas de alerce del oratorio habían crujido sobre sus goznes con un chirrido agudo, prolongado y estridente (29).

Primero (30) una, y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso á su habitación, iban sonando por su orden, éstas con un ruido sordo y grave, aquéllas con un lamento largo y crispador. Después, silencio, un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la media noche con un murmullo monótono de agua distante, lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles, ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve, y cuya aproximación se nota no obstante en la obscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinillas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba á escuchar; nada, silencio.

Veía, con esa fosforecencia de la pupila en las crisis nerviosas, como bultos que se movían en

todas direcciones; y cuando dilatándolas las fijaba en un punto, nada, obscuridad, las sombras impenetrables.

—¡Bah!, exclamó volviendo á recostar (31) su hermosa cabeza sobre la almohada de raso azul del lecho, ¿soy yo tan miedosa como estas pobres gentes, cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura, al oír una conseja de aparecidos?, y cerrando los ojos intentó dormir..... pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió á incorporarse más pálida, más inquieta, más aterrada. Ya no era una ilusión; las colgaduras de brocado de la puerta habían rozado al separarse, y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y á su compás (32) se oía crujir una cosa como madera ó hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba á la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y arrebujándose en la ropa que la cubría, escondió la cabeza y contuvo el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía, y caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes,

doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.

Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna á Beatriz. Al fin despuntó la aurora: vuelta de su temor entreabrió los ojos á los primeros rayos de la luz. Después de una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del día! Separó las cortinas de seda del lecho, y ya se disponía á reirse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron (33) y una palidez mortal descoloró (34) sus mejillas; sobre el reclinatorio había visto sangrienta y desgarrada la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fué á buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron despavoridos á noticiarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que á la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del monte de las Ánimas, la encontraron inmóvil, crispada, asida (35) con ambas manos á una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios, rígidos los miembros, muerta; ¡muerta de horror!

IV.

Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de Difuntos sin poder salir del monte de las Ánimas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, se asegura que vió á los esqueletos de los antiguos Templarios y de los nobles de Soria, enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y, caballeros (36) sobre osamentas de corceles, perseguir como á una fiera á una mujer hermosa, pálida y desmenada, que con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso. (Íd).

(1) *M'a remis en memoire* (2) *Qui prends le mors aux dents* (3) *là même* (4) *Quoi qu'il soit, la voilà*. El resto de la frase es intraducible (\*) (5) Dar la vuelta, volver, *revenir* (6) *si c'était* (7) *faire peur* (8) *chemin faisant* (9) *Tout le temps de la route* (10) *s'étendit au loin* (11) *avoir*

---

(\*) La costumbre de poner en la baraja española las palabras AHÍ VA en la parte inferior del caballo de copas, ha dado margen á esa frase muy común en Andalucía; pero que carece de sentido para un extranjero y aun para un español que por primera vez la oiga. La traducción de palabras sería puerilidad é incorrección.

*lieu (12) Porter le deuil (13) Tomber (14) juste (15) entrée dans (16) Representar un papel, jouer un rôle (17) déliées (18) en fit don (19) Je ne sais s'il en est ainsi dans ton pays (20) engage (21) redevinrent silencieux (22) cassée (23) enfonçant son (24) retomber (25) appuya d'une telle manière (26) sur (27) sur le point (28) être de retour (29) de plus en plus violemment (30) d'abord (31) remettant (32) en même temps (33) s'ouvrirent démesurément (34) se répandit sur (35) accrochée (36) à cheval.*

## Las hojas secas.

El sol se había puesto: las nubes, que cruzaban (1) hechas girones sobre mi cabeza, iban á amontonarse unas sobre otras en el horizonte lejano. El viento frío de las tardes de otoño arremolinaba (2) las hojas secas á mis pies.

Yo estaba sentado al borde de un camino, por donde siempre vuelven menos de los que van.

No sé en qué pensaba, si en efecto pensaba entonces en alguna cosa. Mi alma temblaba á punto de lanzarse al espacio, como el pájaro tiembla y agita ligeramente las alas antes de levantar el vuelo.

Hay momentos en que, merced á una serie de abstracciones, el espíritu se sustrae (3) á cuanto le rodea, y replegándose en sí mismo analiza y

comprende todos los misteriosos fenómenos de la vida interna del hombre.

Hay (4) otros en que se desliga de la carne, pierde su personalidad y se confunde (5) con los elementos de la naturaleza, se relaciona con su modo de ser y traduce su incomprensible lenguaje.

Yo me hallaba en uno de estos últimos momentos, cuando solo y en medio de la escueta llanura oí hablar cerca de mí.

Eran dos hojas secas las que hablaban, y éste, poco más ó menos (6), su extraño diálogo:

—¿De dónde vienes, hermana?

—Vengo de rodar con el torbellino, envuelta en la nube de polvo y de las hojas secas nuestras compañeras, á lo largo (7) de la interminable llanura. ¿Y tú?

—Yo he seguido algún tiempo la corriente del río, hasta que el vendaval me arrancó (8) de entre el légamo y los juncos de la orilla.

—¿Y adónde vas?

—No lo sé: ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?

—¡Ay! ¿Quién diría que habíamos de acabar, amarillas y secas, arrastrándonos por la tierra, nosotras que vivimos vestidas de color y de luz meciéndonos en el aire?

—¿Te acuerdas de los hermosos días en que

brotamos (9); de aquella apacible mañana en que, roto el hinchado (10) botón que nos servía de cuna, nos desplegamos al templado beso del sol como un abanico de esmeraldas?

—¡Oh! ¡Qué dulce era sentirse balanceada por la brisa á aquella altura, bebiendo por todos los poros el aire y la luz!

—¡Oh! ¡Qué hermoso era ver correr el agua del río que lamía las retorcidas raíces del añoso tronco que nos sustentaba, aquel agua limpia y transparente que copiaba (11) como un espejo el azul del cielo, de modo que creíamos vivir suspendidas entre dos abismos azules! (12).

—¡Con qué placer nos asomábamos (13) por cima de las verdes frondas para vernos retratadas en la temblorosa corriente! (14).

—¡Cómo cantábamos juntas imitando el rumor de la brisa y siguiendo el ritmo de las ondas!

—Los insectos brillantes revoloteaban desplegando sus alas de gasa á nuestro alrededor.

—Y las mariposas blancas y las libélulas azules, que giran por el aire en extraños círculos, se paraban un momento en nuestros dentellados bordes á contarse los secretos de ese misterioso amor que dura un instante y les consume la vida.

—Cada cual de nosotras era una nota en el concierto de los bosques.

—Cada cual de nosotras era un tono en la armonía de su color.

—En las noches de luna cuando su plateada luz resbalaba sobre la cima de los montes, ¿te acuerdas cómo charlábamos en voz baja entre las diáfanas sombras?

—Y referíamos con un blando susurro las historias de los silfos que se columpian en los hilos de oro que cuelgan las arañas entre los árboles.

—Hasta que suspendíamos nuestra monótona charla para oír embebecidas las quejas del ruiseñor, que había escogido nuestro tronco por escaquel.

—Y eran tan tristes y tan suaves sus lamentos que, aunque llenas de gozo al oírlo, nos amanecía llorando (15).

—¡Oh! ¡Qué dulces eran aquellas (16) lágrimas que nos prestaba el rocío de la noche y que resplandecían con todos los colores del iris á la primera luz de la aurora!

—Después vino la alegre banda de jilgueros á llenar de vida y de ruidos el bosque con la alborozada y confusa algarabía de sus cantos.

—Y una enamorada pareja colgó junto á nosotras su redondo nido de aristas y de plumas.

—Nosotras servíamos de abrigo á los peque-

ñuelos contra las molestas gotas de la lluvia en las tempestades de verano.

—Nosotras les servíamos de dosel y los defendíamos de los importunos rayos del sol.

—Nuestra vida pasaba como un sueño de oro, del que no sospechábamos que se podría despertar.

—Una hermosa tarde en que todo parecía sonreír á nuestro alrededor, en que el sol poniente encendía el ocaso y arrebolaba las nubes, y de la tierra ligeramente húmeda se levantaban efluvios de vida y perfumes de flores, dos amantes se detuvieron á la orilla del agua y al pie del tronco que nos sostenía.

—¡Nunca se borrará ese recuerdo de mi memoria! Ella era joven, casi una niña, hermosa y pálida.—Él le decía con ternura: ¿Por qué lloras?—Perdona este involuntario sentimiento de egoísmo, le respondió ella enjugándose una lágrima; lloro por (17) mí. Lloro la vida que me huye: cuando el cielo se corona de rayos de luz, y la tierra se viste de verdura y de flores, y el viento trae perfumes y cantos de pájaros y armonías distantes, y se ama y se siente una amada, ¡la vida es buena!—¿Y por qué no has de vivir?, insistió él estrechándole las manos conmovido.—Porque es imposible. Cuando caigan secas esas hojas que

murmuran armoniosas sobre nuestras cabezas, yo moriré también, y el viento llevará algún día su polvo y el mío ¿quién sabe adonde?

—Yo lo oí y tú lo oíste, y nos estremecimos y callamos ¡Debíamos secarnos! ¡Debíamos morir y girar arrastradas por los remolinos del viento! Mudas y llenas de terror permanecíamos aún cuando llegó la noche. ¡Oh! ¡Qué noche tan horrible!

—Por la primera vez faltó á su cita el enamorado ruiseñor que la encantaba con sus quejas.

—Á poco volaron los pájaros, y con ellos sus pequeñuelos ya vestidos de plumas; y quedó el nido solo, columpiándose lentamente y triste, como la cuna vacía de un niño muerto.

—Y huyeron las mariposas blancas y las libélulas azules, dejando su lugar á los insectos oscuros que venían á roer nuestras fibras y á depositar en nuestro seno sus asquerosas larvas.

—¡Oh! ¡Y cómo nos estremecíamos encogidas al helado contacto de las escarchas de la noche! Perdimos el color y la frescura.

—Perdimos la suavidad y las formas, y lo que antes al tocarnos era como rumor de besos, como murmullo de palabras de enamorados, luego se convirtió (19) en áspero ruido, seco, desagradable y triste.



—¡Y al fin volamos desprendidas!

—Hollada bajo el pie de indiferente pasajero, sin cesar arrastrada de un punto á otro entre el polvo y el fango, me he juzgado dichosa cuando podía reposar un instante en el profundo surco de un camino.

—Yo he dado vueltas sin cesar, arrastrada por la turbia corriente, y en mi larga peregrinación ví, solo, enlutado y sombrío, contemplando con una mirada distraída las aguas que pasaban y las hojas secas que marcaban su movimiento, á uno de los dos amantes, cuyas palabras nos hicieron presentir la muerte.

—¡Ella también se desprendió de la vida y acaso dormirá en una fosa reciente, sobre la que yo me detuve un momento!

—¡Ay! Ella duerme y reposa al fin; pero nosotras, ¿cuándo acabaremos este largo viaje?...

—¡Nunca!... Ya el viento que nos dejó reposar un punto vuelve á soplar, y ya me siento estremecida para levantarme de la tierra y seguir con él. ¡Adiós, hermana!

—¡Adiós! . . . . .

. . . . .

Silbó el aire que había permanecido un momento callado, y las hojas se levantaron en con-

fuso remolino, perdiéndose á lo lejos entre las tinieblas de la noche.

Y yo pensé entonces algo que no puedo recordar, y que, aunque lo recordase, no encontraría palabras para decirlo. (Íd.)

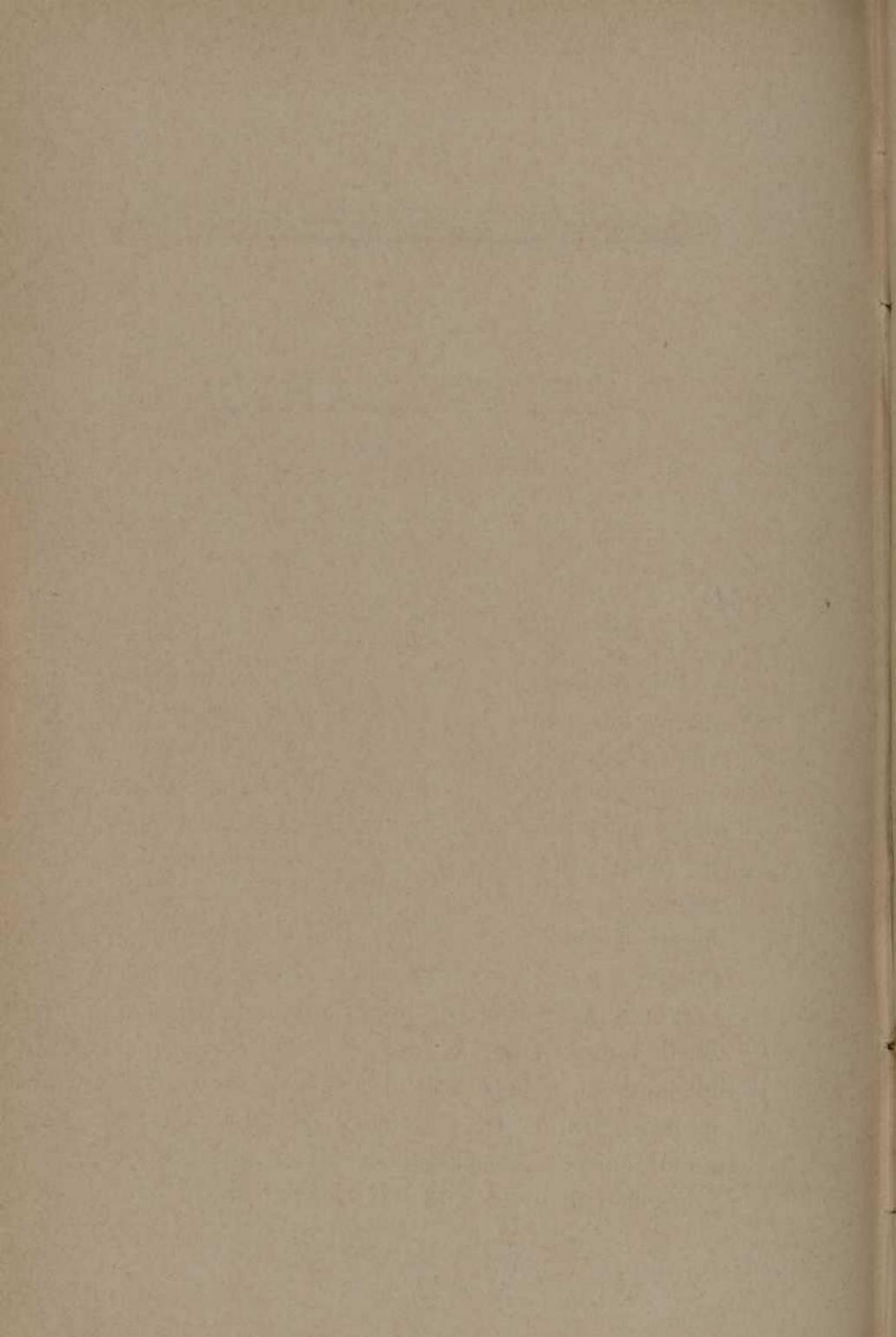
(1) *Passaient..... au dessus* (2) *faisait tourbillonner* (3) *échapper* (4) *Il y en a* (5) *s'identifier* (6) *et voici à peu près* (7) *le long* (8) *m'a soulevée* (9) *nous parâmes* (10) *bourgeon* (11) *Reproduire* (12) *d'azur* (13) *nous nous montrions* (14) *pour voir notre image dans l'eau qui tremblait* (15) *le matin nous trouvait pleurant* (16) *qu'elles étaient douces ces...* (17) *sur* (18) *ne vivrais-tu pas?* (19) *et au lieu de ce murmure de... que l'on entendait en nous touchant, il n'y eut plus bientôt qu'un...*





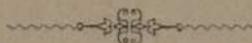
PARTE CUARTA.

~~~~~  
EPISTOLARIO.





EPISTOLARIO.



I.

AMIGO mío:

Tengo que contaros (1) una pequeña historia, que es muy verdadera y que os divertirá. El rey suele (2) desde poco há escribir versos. Los señores de Saint Aignan y Dangeau le enseñan lo que debe hacer para conseguirlo (3). El otro día hizo un madrigalillo que no hubo de agradarle á él mismo (4). Una mañana dijo al mariscal de Grammont:—Señor mariscal, os ruego que leáis este madrigal y veáis si alguna vez habéis tropezado con otro más (5) impertinente: porque saben que desde algún tiempo acá me gustan los versos, me los traen de todas clases (6). El mariscal, después de leer, dijo al rey:—Señor, V. M. juzga divinamente de todo. Ciertamente, esto es lo más tonto y lo más ridículo que he leído en mi vida. Echóse

el rey á reir y dijo: ¿No es verdad que el autor debe ser un majadero (7).—Señor, no se le puede (8) dar otro nombre.—¡Muy bien, dijo el rey, me alegro de oiros; soy yo quien lo ha escrito:—¡Ah! Señor, ¡qué traición! Devuélvame V. M., sin duda lo he leído muy de prisa.—No, señor mariscal, la primera impresión (9) es siempre la más verdadera. Mucho se ha leído el rey de esta travesura (10) que á todos ha parecido (11) la más cruel para un cortesano viejo. Como me gusta reflexionar (12) acerca de todo, quisiera yo que el rey lo hiciese acerca de esto (13) y por ahí juzgase cuán lejos está siempre de conocer la verdad.

(1) *Il faut que je vous conte* (2) *se mêle..... de* (3) *s'y prendre* (4) *que lui même ne trouva pas joli* (5) *si vous en avez jamais vu un si...* (6) *de toutes les façons* (7) *est bien fat* (8) *il n'y a pas moyen de* (9) *les premiers sentiments* (10) *folie* (11) *et tout le monde trouve* (12) *faire de réflexions* (13) *en fit là-dessus.*

II.

MI QUERIDA CAROLINA:

Sólo tengo cinco minutos que aprovechar muy de prisa para que mañana me tengas por presente (1) en tu ventura y unida á tus oraciones. Mañana

se cerrará (2) tu infancia, porque el sacramento que confirma todas las gracias, impone, si no nuevos deberes, más perfección en el cumplimiento de cada uno de ellos. Bendita seas, querida niña, y así (3) toda tu vida se ponga (4) en armonía con estos primeros años, protegidos por tantos cuidados y preciosos ejemplos. Hubiera deseado (5) hallarme en realidad contigo y con tu mamá en esa modesta capilla en que Dios es tan honrado, tan bien servido, por los miembros de su Iglesia que le son más caros; pero lo que á la fuerza suprimo (6) es la menor parte de lo que os doy y mi verdadero yo estará á vuestro lado.

(1) *Vous me sachiez présente* (2) *será close* (3) *puisse* (4) *se mettre* (5) *Il m'eût été doux* (6) *ce que je retranche forcément.*

III.

QUERIDO AMIGO:

Esta carta será para V. como si viniese de ultratumba (1). El que se la escribe estará en el sepulcro antes que V. pueda apreciar (2) sus consejos. Su cariñoso y excelente padre me ruega le dirija algunos que puedan ejercer una favorable influencia en (3) la dirección futura de su vida de

V., y yo que le estimo mucho, me siento interesado en su porvenir. Pocas palabras bastarán si V. se presta (4) con buena disposición por su parte (5); adore á Dios, reverencie y ame á sus padres, quiera á su prójimo como á sí y á la patria más que á sí mismo; sea justo, sincero, no murmure jamás de los designios (6) de la Providencia y así la vida en que V. ha entrado será para V. la introducción á una felicidad inefable y eterna. Si los muertos pueden (7) tomar parte en las cosas de este mundo, yo le seguiré en todos los pasos (8) de su vida. Adiós.

(1) *Du séjour des morts* (2) *peser* (3) *sur* (4) *vous y apportez* (5) *de votre côté* (6) *voies* (7) *s'il est permis aux morts* (8) *actes*.

IV.

Ana Bolena á Enrique VIII.

SEÑOR:

El descontento de Vuestra Grandeza y mi prisión parecénme cosas tan extrañas que no sé lo que debo escribir, ni de qué (1) me debo disculpar; me habéis mandado á decir por medio de una persona que os consta es (2) mi enemigo declara-

do mucho tiempo há, que, para obtener vuestra gracia, tengo que reconocer cierta verdad.

Apenas (3) desempeñó su comisión comprendí vuestro designio.

Mas si, como decís, la confesión de una verdad puede procurarme mi libertad, obedeceré vuestras órdenes de buen grado y con entera sumisión. No imagine Vuestra Grandeza que vuestra pobre mujer pueda jamás avenirse (4) á reconocer una falta cuya sola idea no ha cruzado por su mente (5). Jamás príncipe alguno tuvo esposa más fiel á todos sus deberes, más llena de sincera ternura que la que habéis hallado en la persona de Ana Bolena, la cual hubiera podido contentarse con este nombre y con su estado si Dios y Vuestra Grandeza hubieran querido dejarla en él. Pero en medio de mi elevación y de la majestad á que me habéis llamado, no me desvanecí (6) hasta el punto de no temer un despertar semejante al de hoy. Como esta exaltación no tenía más sólido fundamento que el gusto fugaz que por mí concebísteis, yo no dudaba que la menor alteración en los atractivos que lo engendraron (7) sería bastante para haceros girar hacia otro objeto.

Habéisme sacado de un rango inferior para elevarme al trono (8); esta grandeza estaba muy por

encima de mis méritos. Mas si me habéis creído digna de este honor, no consintáis que mancha tan negra é infamante como la de haberos sido infiel, mancille la reputación de vuestra esposa y de la joven princesa vuestra hija.

Disponed, Señor, que mi proceso se instruya y que en él se observen las leyes de la justicia, sin permitir que mis enemigos jurados sean acusadores y jueces. Ordenad también que se me procese en público: mi felicidad no teme que la vergüenza la marchite. Veréis mi inocencia justificada, desvanecidas (9) vuestras sospechas, satisfecho vuestro corazón y la calumnia reducida al silencio, ó bien mi crimen resaltará (10) á la vista de todo el mundo.

En fin, si habéis resuelto perderme y mi muerte fundada en una infame calumnia, os ha de poner en posesión de la dicha que ambicionáis, ruego á Dios se digne (11) perdonaros este gran crimen así como á mis enemigos que os sirven de instrumentos.

La única cosa que os pido, es que sea yo sola quien soporte todo el peso de vuestra indignación y que esos pobres é inocentes gentileshombres que se hallan por mi causa reducidos á estrecha prisión, no sufran el menor daño.

.

En mi triste prisión de la Torre de Londres á
16 de Mayo.

Vuestra fiel y sumisa esposa.

(1) *Sur quoi* (2) *vous savez être* (3) *Il n'eût pas plutôt*
fait (4) *être amenée* (5) *ne lui est pas venue dans l'esprit*
(6) *je ne me suis jamais oubliée* (7) *faire naître* (8) *la ro-*
yauté (9) *levés* (10) *paraîtra* (11) *qu'il veuille.*

V.

Respuesta del Gobernador de Bayona á Car-
los IX, que le había ordenado ejecutar una
matanza.

SEÑOR:

He comunicado la orden de V. M. á sus fieles
habitantes y hombres de armas de la guarnición.
Entre ellos no he hallado más que buenos ciuda-
danos y bravos militares, pero ni un solo verdu-
go. Por esto (1) ellos y yo suplicamos humildísi-
mamente á V. M. tenga á bien (2) emplear nues-
tros brazos y nuestras vidas en cosas posibles:
por expuestas (3) que sean, les consagraremos (4)
hasta la última gota de nuestra sangre.

(1) *C'est pourquoi* (2) *de vouloir bien* (3) *hasardeuses*
(4) *nous y mettrons.*

VI.

Balzac al Cardenal de la Valette.

MONSEÑOR:

La esperanza con que me halagan há tres meses de que debéis pasar todos los días por este país, me ha impedido escribiros y utilizarme (1) de este único medio que me queda de acercarme á vuestra persona.

En Roma marcharéis sobre piedras que han sido los dioses de César y de Pompeyo, consideraréis las ruinas de esas grandes obras cuya vejez es más bella y os pasearéis diariamente entre las historias y las fábulas; mas esas son distracciones de un espíritu que se contenta con poco y no las ocupaciones de un hombre que se complace con navegar en la borrasca. Cuando hayáis visto el Tíber, en cuyas márgenes aprendieron á vencer los romanos y á comenzar la alta empresa (2) que concluyeron en los confines de la tierra, cuando hayáis subido al Capitolio donde creían que Dios se hallaba tan presente como en el cielo y que había encerrado allí los destinos de la mo-

narquía universal, cuando hayáis pasado al través de ese grande espacio destinado á los placeres del pueblo, no dudo un punto que después de haber contemplado otras muchas cosas, no os canséis del reposo y de la tranquilidad de Roma.

Preciso es (3), por una infinidad de importantes consideraciones, que asistáis (4) al primer Cónclave y os halléis en esa guerra que no deja de ser grande para tener lugar entre personas desarmadas. Por grande que sea el objetivo (5) de vuestra ambición nada podría conseguir tan elevado como (6) dar á la vez un sucesor á los cónsules, á los emperadores y á los apóstoles y contribuir con vuestro voto á hacer á aquél que está á la cabeza de los reyes y que lleva la dirección de todas las almas.

(1) *Me servir* (2) *long dessein* (3) *Il est besoin* (4) *soyez*
(5) *Quelque grand objet que se propose* (6) *elle ne saurait rien concevoir de si haut.*

VII.

Pascal á la Reina Cristina.

SEÑORA:

Sé que V. M. es tan sabia é ilustrada como magnánima y poderosa, y esta (1) es la razón que me ha determinado á dirigirme á V. M. antes que á

ningún otro príncipe. Más veneración tengo por las personas de extraordinario mérito que por las que no tienen más que títulos pomposos, un nombre célebre, antepasados ilustres y brillante fortuna. Los primeros son los verdaderos soberanos de la tierra. Paréceme que el poder de los reyes sobre sus vasallos es sólo una imagen imperfecta y grosera del dominio del espíritu fuerte sobre los espíritus débiles. El derecho de persuadir y de instruir es entre los filósofos lo que el derecho de mandar en el gobierno político.

Reinad, pues, incomparable princesa, ya (2) que vuestro genio es superior á vuestro rango, reinad sobre el universo: es vuestro dominio; los sabios y los hombres de bien son vuestros súbditos. Sean con admiración los soberanos que la hija de Gustavo es el alma de los sabios y el modelo de los reyes.

(1) *Voilà* (2) *puisque*.

VIII.

Madama de Maintenon á Madama Montespan.

SEÑORA:

He aquí al más joven autor que acude á pedirnos protección para sus obras. Bien hubiera que-

rido para darlas á luz (1) esperar á cumplir los ocho años (2); pero ha temido que se sospechase de su gratitud (3) si hubiese estado más de siete años en el mundo sin daros públicas muestras de su reconocimiento.

Os debe, en efecto, una buena parte de lo que es. Aunque haya tenido un nacimiento bastante feliz y aunque haya (4) pocos autores á quienes el cielo haya favorecido tanto (5), confiesa que vuestra conversación ha contribuído mucho á perfeccionar en su persona lo que había comenzado la naturaleza. En cuanto á mí, que conozco sus más secretos pensamientos, puedo decir con cuanta admiración os escucha y aseguraros con verdad que estudia en vos de mejor grado (6) que en todos sus libros.

Encontraréis en la obra que os presento rasgos asaz felices de la historia antigua; pero teme que entre la multitud de maravillosos acontecimientos que en nuestros días han ocurrido, no nos conmovamos apenas con todo lo que podrá contarnos (7) de los siglos pasados: con tanta más razón teme esto, cuanto que él ha experimentado lo mismo en la lectura de los libros.

.
Todo esto le disgusta algo de la antigüedad: es naturalmente orgulloso y por muy encomiástica-

mente que le hablen (8) de Alejandro y de César, no sé yo si trataría de establecer (9) alguna comparación con los hijos de esos grandes hombres. Estoy cierta (10) que no desaprobáis en él este orgullillo y convendréis en que no se conoce mal nuestro pequeño héroe; mas también confesaréis que no soy torpe para hacer obsequios y que en mi deseo de dedicaros un libro no podía escoger un autor por quien (11) os tomáseis más interés que por éste.

(1) *Mettre au jour* (2) *qu'il eut huit ans accomplis* (3) *qu'on ne le soupçonnât d'ingratitude* (4) *et qu'il y ait* (5) *que le ciel ait regardé aussi favorablement que lui* (6) *plus volontiers* (7) *nous apprendre* (8) *avec quelque éloge qu'on lui parle* (9) *s'il voudrait faire* (10) *Je m'assure que* (11) *à qui.*

IX.

El Duque de Montensier al Delfin acerca de la toma de Filipsburgo.

MONSEÑOR:

No os cumplimento (1) por la toma de Filipsburgo: teníais un buen ejército, excelente artillería y al general Vauban. Tampoco (2) por las prue-

bas que habéis dado de bravura y de intrepidez: son virtudes hereditarias en vuestra casa; pero me regocijo con vos porque sois liberal, generoso, humano, haciendo resaltar (3) los servicios de los demás y olvidando los vuestros: por esto sí os doy mi enhorabuena (4).

(1) *Faire de compliment* (2) *Je ne vous en fais non plus* (3) *valoir* (4) *C'est sur quoi je vous fais mon compliment.*

X.

El marqués de Feuquieres á Luis XIV.

MONSEÑOR:

Después de poner (1) ante los ojos de Dios toda mi vida, que voy á devolverle, sólo me resta arrojarme á las plantas de Vuestra Majestad. Si yo creyese tener más de veinticuatro horas que pasar todavía en este mundo no osaría tomarme la libertad que me tomo. Sé que he desagradado á V. M., y, aunque no sepa precisamente en qué, no por eso me considero menos culpable.

Espero, Señor, que Dios me perdonará mis pecados, porque siento (2) una sincera contrición. Vos sois la imagen de Dios, y me atrevo á supli-

caros perdonéis (3) al menos á mi hijo de faltas que yo quisiera haber expiado con mi sangre. Ellas son, Señor, las que me han alejado de V. M. y la causa de que muera en mi lecho, en vez de emplear en vuestro servicio los últimos momentos de mi vida y mi última gota de sangre, como siempre he deseado.

Señor, en nombre de ese rey de los reyes, ante el cual voy á comparecer, dignaos tender una mirada compasiva sobre este único hijo que dejo en el mundo sin apoyo y sin bienes. Él es inocente de mis desgracias, es de una sangre que siempre ha servido bien á V. M. Confío (4) en la bondad de vuestro corazón, y después de pedir os perdón una vez más, voy á ponerme de nuevo (5) en las manos de Dios, á quien pido para V. M. todas las prosperidades que vuestras virtudes merecen.

(1) *avoir mis* (2) *j'en ressens en moi* (3) *de pardonner*
(4) *Je prends confiance* (5) *me remettre*.

XI.

La Beaumelle á Voltaire.

Hé nos ya libres, venguémonos de las desgracias convirtiéndolas en nuestro provecho (1). De-

jemos todas esas pequñeces literarias que tantas nubes han esparcido en el curso de vuestra vida, tanta amargura en mi juventud. La más brillante reputación no vale nunca lo que cuesta. Carlos V suspira por (2) la soledad, Ovidio desea ser tonto.

Hé nos ya libres, estoy fuera de la Bastilla y vos no seguís (3) en la corte de Berlín. Aprovechémos de un bien que pueden arrebatarnos á cualquiera hora (4). Respetemos esa grandeza tan peligrosa para los que á ellos se acercan (5), y esa autoridad terrible para los mismos que la ejercen; y si es cierto que no se puede pensar sin riesgo, no pensemos más. Todos los placeres de la reflexión ¿compensan (6) los de la seguridad? Creamos á vuestros sesenta años de experiencia y á mis seis meses de anonadamiento. Seamos más sabios, ó al menos más prudentes, y las arrugas de la vejez y el recuerdo de los cerrojos, esos ultrajes del tiempo y del poder, serán (7) para nosotros verdaderos bienes.

(1) *En nous les rendant utiles* (2) *après* (3) *n'êtes plus* (4) *à tout moment* (5) *à ceux qui l'approchent* (6) *Valoir* (7) *Devenir*.

XII.

Madame Maintenon á su nieta.

Os quiero demasiado, mi amada nieta, para no deciros las verdades. Bastantes digo á las señoritas de Saint-Cyr para olvidarme de vos (1) á quien miro como á hija mía. No sé si vos (2) les inspiráis esa altivez que tienen ó si es que ellas os inspiran la que en vos se nota; pero sea lo que fuere (3), llegaréis á ser insoportable si no os hacéis (4) más humilde. Ese tono de autoridad que adoptáis no os conviene en manera alguna.

¿Es que os creéis un personaje importante porque os educáis en una casa que el rey visita diariamente? El día después (5) de su muerte, ni su sucesor ni ninguno de los que os halagan, os mirará á vos ni á Saint-Cyr. Si el rey fallece antes que hayáis contraído matrimonio, os casaréis con (6) un noble de provincia que tenga pocos bienes y mucho orgullo. Si, viviendo yo, os casáis con un gran señor, no os estimará cuando yo falte, sino según lo que le agradéis y no podréis agradarle más que por esa dulzura que os falta. No tengo prevención en contra vuestra: es que

reparo en vos un orgullo desmedido. Os sabéis el Evangelio de memoria (7); pero, ¿qué importa eso si no os conducís conforme á sus máximas?

Os hablo como á una mujercita, porque ya lo sois por la inteligencia (8). Quisiera yo que tuvié-
seis menos talento, con tal que dejáseis esa pre-
sunción ridícula ante los hombres y criminal ante
Dios. Que á mi vuelta os encuentre modesta, sen-
cilla, dócil, amable, y os amaré mucho más.

(1) *Vous négliger* (2) *si c'est vous qui* (3) *Quoi qu'il en
soit* (4) *devenez* (5) *le lendemain* (6) *vous épouserez* (7) *par
cœur* (8) *vous en avez l'esprit.*

XIII.

**J. J. Rousseau á un joven que quería estable-
cerse en Montmorency para recibir sus lec-
ciones.**

CABALLERO:

Vos ignoráis que escribís á un pobre hombre, agobiado de males y además muy ocupado, que no se halla apenas en estado de responderos y menos aun de establecer con vos la sociedad que le proponéis. Me honráis mucho creyendo que yo podría seros útil, y es muy laudable el motivo que

os lo hace desear; mas acerca de este mismo motivo os diré que no creo necesario (1) estableceros en Montmorency. No tenéis necesidad de ir á buscar tan lejos los principios de la moral.

Volved hacia (2) vuestro corazón y allí los hallaréis. Nada puedo deciros que no os diga mucho mejor (3) vuestra conciencia, cuando queráis consultarla. La virtud, señor mío, no es una ciencia que se estudia con tanto aparato; para ser virtuoso basta querer serlo. Si tenéis esa firme voluntad, todo está ya hecho y vuestra felicidad realizada.

Si me tocase (4) aconsejaros, el primer consejo que os diera sería el de no entregaros á ese gusto que decís tener por la vida contemplativa y que es sólo una pereza del espíritu, censurable en toda edad y mayormente en la vuestra. No ha sido el hombre hecho para meditar sino para obrar y la vida laboriosa que Dios nos impone sólo ofrece dulzuras (5) al corazón del hombre honrado que se entrega á ella con la mira (6) de cumplir su deber. El vigor de la juventud no se os ha dado para perderlo en la ociosidad de las contemplaciones.

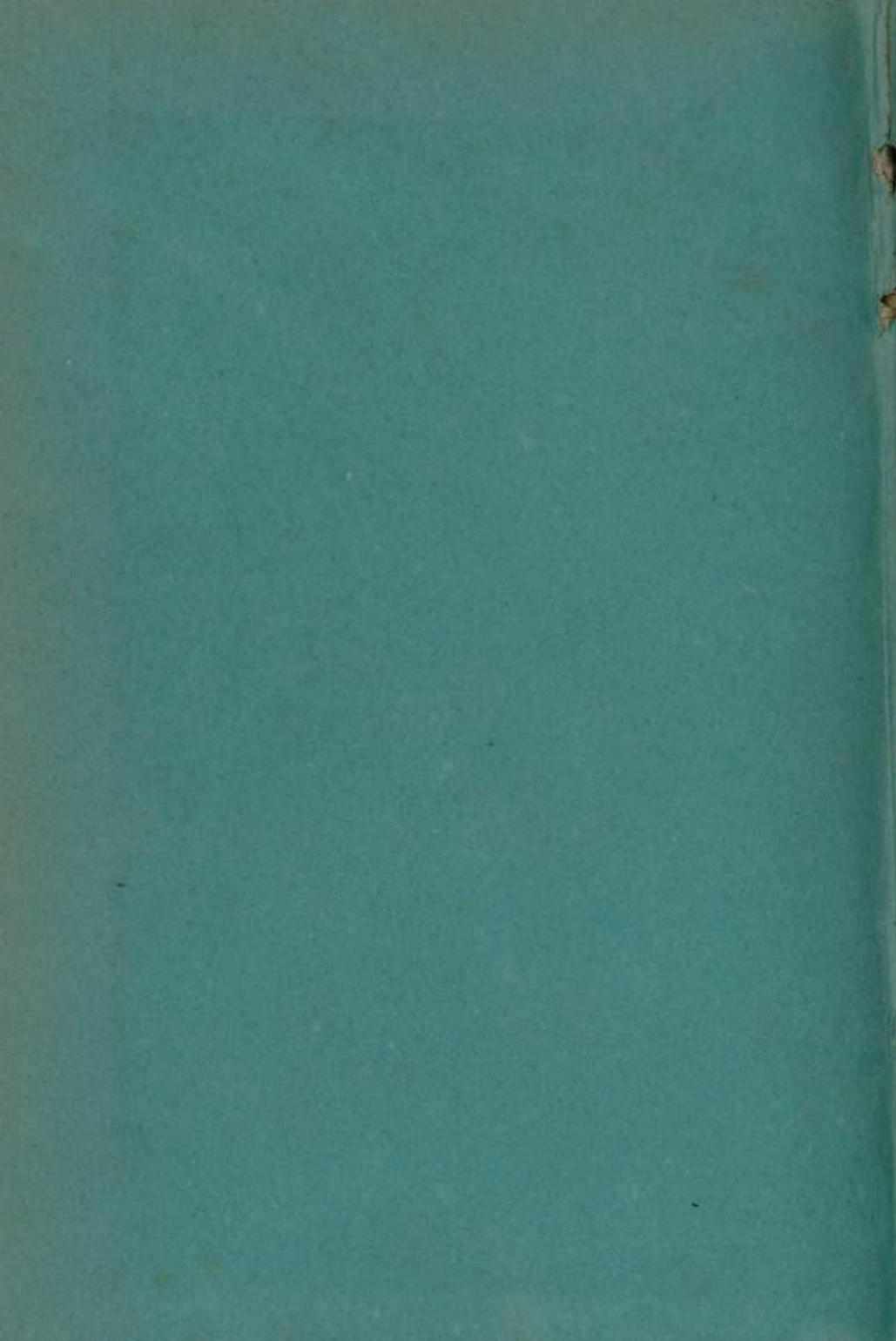
Trabajad, pues, en el estado en que vuestros padres y la Providencia os han colocado: este es el primer precepto de esa virtud que perseguís y si estimáis que la estancia en París y la índole de

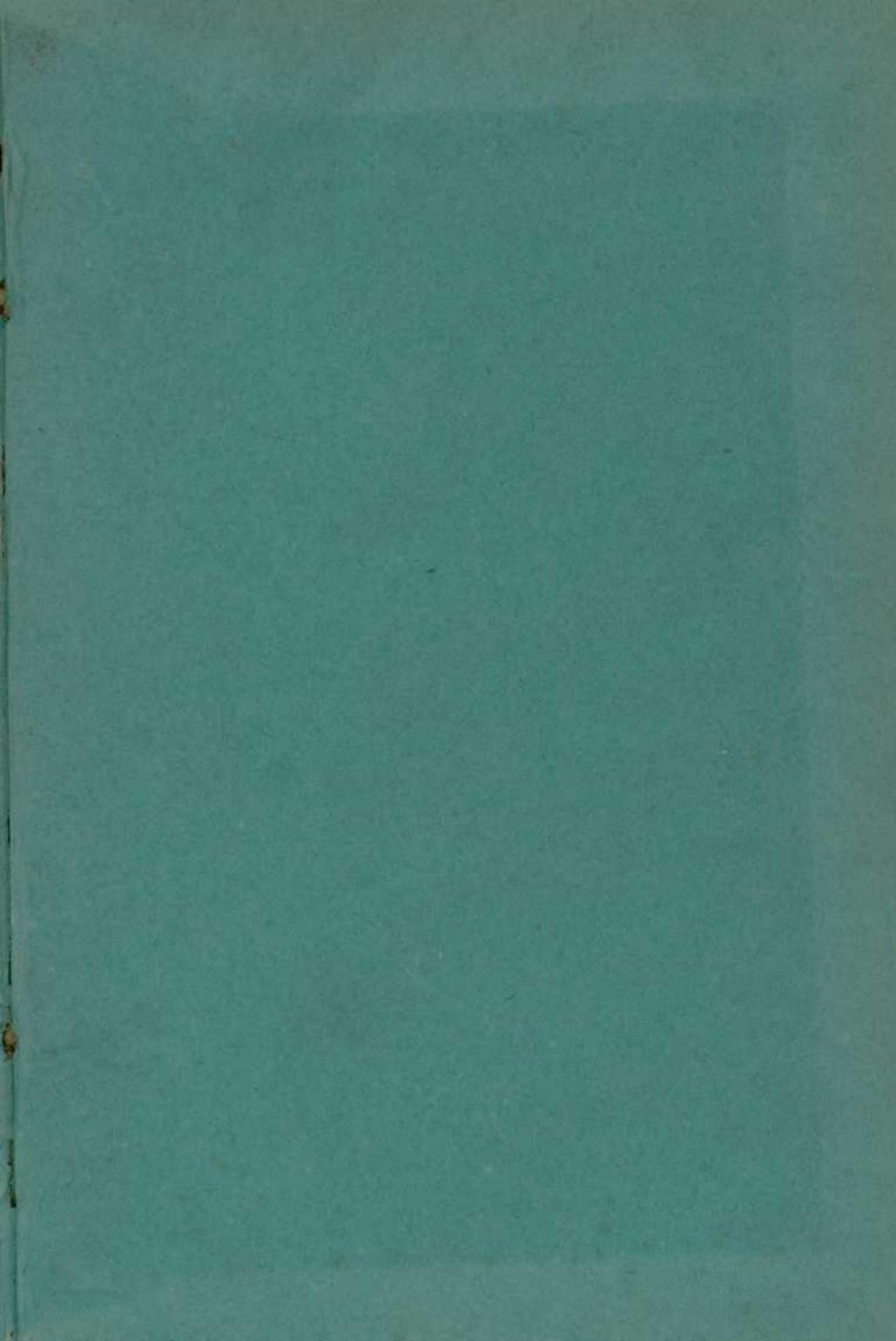
vuestro empleo son muy poco compatibles (7) con ella, volved á vuestra provincia, id á vivir en el seno de vuestra familia, cuidad á vuestros virtuosos padres y así cumpliréis verdaderamente los cargos que la virtud os impone.

Consejos son estos (8) que compensan (9) todos los que podríais recibir en Montmorency: acaso no serán de vuestro agrado y temo que no adoptéis la resolución de seguirlos; pero estoy seguro que llegará un día en que os arrepentiréis.

(1) *Je ne vois rien de moins nécessaire* (2) *Retrez dans* (3) *encore mieux* (4) *S'il m'appartenait* (5) *n'a rien que de doux au...* (6) *qui s'y livre en vue de* (7) *d'un trop difficile alliage* (8) *Voilà des conseils* (9) *Valoir.*









TRADUCCH

INVERSA

J. T. T.

B
20
136